

骨 肋 屋

Glew (Paz de occidente)

Por Patricio Dos Reis

Copyright 2018 Patricio Dos Reis

Smashwords Edition

Indice

1.*****

2.Nada es más hermoso que una noche calma en un sanatorio

3.Glew

4.La jaula

5.Los pájaros

6.Ellos

7.Escapada a Traslasierra

8.Nosotros (Cuando la tormenta es impiadosa, cualquier refugio es bueno)

9.¡Cambio, juez!

10.Segunda vida

11.La lengua de los Han

12.El dragón, el hombre, el río

13.Acerca del autor

Smashwords Edition Licence Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Licencia de uso para la edición de Smashwords

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de dirigirte a Smashwords.com y descargar tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

~~~

Dedicado a Laura y a mis padres.  
Y en homenaje a Charles Bukowski.

\*\*\*\*\*

“Voy a escribir lo primero que se me ocurra. Lo primero que me venga a la mente”, me dije. Y me contesté: “no vas a poder escribir nada, ni una palabra”. Es un diálogo que se da, ocasionalmente, entre mis múltiples personalidades. O, al menos, entre dos de ellas.

Fui a la heladera y busqué una lata de gaseosa fría, porque hacía demasiado calor esa noche, y pensé: “posiblemente, esto sea lo mejor que pueda escribir en mi vida”.

Aquellos eran mis años de escritor.

Me encontré, apenas unos minutos después, escuchando música en videos de Youtube que no me interesaba mirar. Siempre pasa lo mismo. Y así se fueron diez, veinte, trescientos minutos. Empecé a sentir sueño, pero sin tener deseos de irme a acostar. Y cuando dejo pasar un tiempo desde que el adormecimiento me arrebatara sobreviene una etapa de insomnio en la que la necesidad de un corte entre la noche y el día me lleva a la cama, pero se me hace muy difícil conciliar el sueño para entonces, como si la mente tuviese una inercia propia, como si el deseo de seguir despierto me hubiese inyectado una sobredosis de estimulantes generados por mi propio organismo.

En ese momento de vigilia recordé vivencias de aquella época en que estudiaba en la Universidad. Había noches en las que experimentaba viajes astrales consumiendo drogas hechas de placebos, cigarrillos o té de ajeno o semillas de ipomeas que sacaba de la estación de tren, molía y ponía en remojo por una noche para luego beber. En una ocasión –lo juro–, vi que los colores se intensificaban y los objetos parecían adquirir una nueva dimensión, como si un borde brillante y apetitoso los contorneara. Y escuchaba música psicodélica, paisajes auditivos, lo que me hacía creerme más la fantasía, creérmela al punto de sentirla, de hacerla material.

Y me encontré con la luz del sol, otra noche que se hace día y empuja a los pájaros a cantar como aborrecibles autómatas. En ese momento detesto a los pájaros (el resto del tiempo me son indiferentes). Los detesto porque me hacen sentir culpa, porque me dicen, con ese silbido inarmónico e incesante, separado en segmentos por intervalos de tiempo perfectamente definidos, “Ya es de día, imbécil. Y de ahora en más vas a ser un zombi babeante que, con suerte, durmió sólo dos horas”. Pero, luego de transcurrido un buen rato de haber estado despierto, todo se resuelve, se acomoda, se reordena, y ya me siento un poco mejor. Y, al fin, termino reconfortado de haber vivido, aunque sea perdiendo el tiempo, en lugar de haberme sepultado en un ataúd de tela barata.

Con sólo dos horas de haber dormido me levanté a eso de las siete, como siempre. Y como siempre renegué, me puse de pie entrecerrando los ojos cada tres segundos y tambaleándome del sueño, con un hambre voraz de tirarme en la cama y mandar al mundo, sus rutinas y sus mandatos sociales al mismísimo infierno.

¿Por qué me hacía esto a mi mismo todos los días? ¿Solamente por dinero? ¿Porque soy demasiado cobarde para salirme de la línea? ¿Porque me odio?

Hacía calor, pero sabía que afuera el clima estaba más fresco. Aunque, de todos modos, opté por dejar el abrigo colgando de la silla. Al lado, dos canastos de ropa limpia de hacía dos semanas que nunca había llegado a poner en el armario.

Confieso que, de todos modos, en ocasiones siento una enorme culpa por ser tan desordenado y, quizá, abandonado, pero a su vez soy consciente de que es una inversión que da ciertos frutos, frutos que deseo. La alternativa a ello es ordenar ropa y guardarla, yéndome a dormir con un cuarto prolijo y una vida completamente vacía. O llena de infelicidad. “¿Gastar vida para ordenar ropa que vas a sacar, desordenar y ensuciar una

y otra vez? Bah, mejor dejala ahí, un día de estos ya no vas a tener ni una remera en el canasto y te vas a sentir feliz de haber malgastado tu tiempo escuchando música y leyendo comentarios repugnantes de cretinos anónimos en los diarios digitales”, me dice uno de los yos con los que tengo que lidiar todo el tiempo.

Volviendo a mi relato –perdón, a veces pierdo el hilo, aunque pienso que describir el contexto siempre es propicio– la cuestión es que hacía calor esa mañana. O que tenía que salir a trabajar, más bien. Es justo si aquí alguien me interrumpe acotando que no parece muy prometedor lo que llevo escrito. Pienso que, probablemente, tenía razón al principio, cuando me decía que no iba a poder escribir una palabra. En definitiva, estoy divagando, creo. Supongo que a nadie que tiene que levantarse temprano todos los días para ir a trabajar le va a resultar muy seductor leer a un tipejo quejarse de que tiene que hacer eso mismo. “¿Quién es este idiota para creer que me puede hacer perder el tiempo leyéndolo lloriquear, queriendo hacerse ver como un mártir, porque se levanta temprano?”, dirán el tipo o la mina, y con razón. Pero no tengo más remedio que contarle así, porque en aquel entonces me dije que iba a escribir lo primero que me viniera a la mente, y esta vez no me voy a traicionar de nuevo.

Sigo con mi relato.

Tomé un café, cosa que hago todas las mañanas pero, especialmente, todas las noches, varias horas de adentrado ya en el nuevo día. No sé por qué, pero en ese momento me convierto en una máquina de tragar basura de harina horneada, y mientras tomo el café engullo diez, veinte galletitas, ya casi con asco pero también con un hambre bestial. Y el café se va enfriando, pero lo necesito para acompañar el caudal inacabable de galletitas, así que lo voy bebiendo de a sorbos. Por la mañana siempre veo de pasada las noticias, como si oyera la música instrumental de un consultorio, y esa mañana no fue la excepción a ello ni al sentimiento de desprecio que me generan los periodistas. O la mayoría de ellos.

Me puse la mochila al hombro y salí. Llegué a la parada del colectivo para tomar uno hasta la estación de tren. El camino se me había hecho totalmente indiferente y gris, pero no había novedad en eso. Miré la hora en el celular y, como de costumbre, era un poco temprano. Me di cuenta de que no lo había cargado, así que tenía que administrar bien el tiempo que me quedaba de carga hasta poder clavarle el pin microUSB y suministrarle el chorro continuo de electrones diario.

Mientras esperaba el colectivo vi que merodeaba un tipo muy desprolijo, de barba copiosa y pelo enrulado algo largo, con un sobretodo marrón de cordero o algún material similar. “Se parece a Charles Manson” –pensé. Atrás mío dos mujeres también esperaban el colectivo, pero yo hacía como que no las había visto para no tener que dejarlas pasar primero. Las miré, por curiosidad, en el reflejo de la pantalla apagada de mi teléfono celular. Una era una señora grande, de pelo hasta por los hombros, más bien gorda; quizá producto de una mente prejuiciosa, me pareció que tenía que ser secretaria por cómo estaba vestida. Al lado de ella una chica más joven, de pelo rubio o castaño (no recuerdo bien o no llegué a ver con claridad por aquel entonces) y anteojos de marco cuadrado y negro, bien característicos. Masticaba un chicle y mandaba mensajes de voz con el teléfono. Yo simulaba que no escuchaba, pero lo hacía y era divertido, como oír el diálogo acartonado de una novela de la tarde en un televisor prendido que nadie mira. Y en eso el tipo con cara de Manson se me acercó. Me pidió un cigarrillo. Le dije que no fumaba. Balbuceó un par de palabras con los ojos perdidos y lo ignoré. Venía un colectivo que no era el mío, y lo primero que hice fue levantar el brazo para pararlo, aunque sabía que esa no era la parada. No tenía ganas de escuchar al tipo desprolijo, aunque una parte de mí (uno de mis yos) se sintiera una basura por ignorarlo. Tenía sueño y el tipo tenía mal aliento y hablaba muy cerca de la cara. Cuando me vio

levantar la mano me empujó y sacó un cuchillo serrucho, de los del mango de madera y los dos botones dorados. Sentí un escalofrío y un sabor metálico en la punta de la lengua. Dijo (intentando gritar, pero sin conseguirlo) algo que no entendí. Traté de empujarlo pero me ganó de mano con una puntada en el vientre, del lado del apéndice. No tuve apendicitis, pero estimo que el dolor que me invadió luego de la puntada ha de ser algo parecido. Inmediatamente después sentí que la adrenalina me llenaba por completo, me faltaba el aire y hasta pude saborear a distancia y oler en una irritación nasal la sangre que me brotaba como un chorro sutil, como una cascada pequeña.

Desde el piso, miré de reojo buscando a las posibles testigos de aquella pesadilla pero las mujeres se habían ido, posiblemente espantadas por la situación. Necesitaba testigos para saber, precisamente, si era una pesadilla o no. El tipo desprolijo me perdonó la vida, balbuceó algo con voz ronca (creo que un insulto) y se fue. Un número creciente de personas se fue acercando a mí y sentí que venían a ahogarme, con esa piedad morbosa y sádica del que mata de un pedrazo a un animal moribundo. Me acordé de un cuento de Ray Bradbury (tengo varios escritores entre mis preferidos, me atrapa la turbidez de plumas sangrientas y siniestras como las de Lovecraft o Poe, pero particularmente destaco el magnetismo de Bradbury, no hallé aún a otro escritor que tenga esa genialidad para escribir, tan mágico como conciso, tan desprovisto de pomposidad como dotado de ingenio). El cuento pertenecía al libro “El País de Octubre”. En él, una muchedumbre se acercaba cada vez que había un accidentado y terminaban por matarlo ellos mismos, lo movían simulando querer ayudarlo o lo asfixiaban fingiendo que procuraban salvarle la vida. Sentí eso mismo, que querían acabar conmigo, que eran cómplices del desgraciado que me hundió el cuchillo en la carne.

En apenas un rato se juntó mucha gente, había policías y podía escuchar los murmullos de la muchedumbre, a veces con total nitidez llegaban frases o fragmentos de ellas a mis oídos. Ninguno decía nada interesante, nada que no estuviese escrito en la biblia del buen chusma de barrio. Me sentía débil y ridículo, pensé algo que me resulta extraño ahora: “así se debe sentir una víbora en un serpentario cuando un grupito de alumnos de secundaria se acerca, los jóvenes tocan el vidrio, se ríen y le hacen muecas”. Al rato, una voz estridente y que denotaba una evidente sed de protagonismo me sobresaltó. Era un tipo uniformado.

El policía me preguntó algo, pero no llegué a entenderle en el primer intento, así que emití una especie de gemido en forma de pregunta. El tipo volvió a preguntar y esta vez comprendí un poco más. Quería saber si estaba bien. Le contesté que no. Al rato cayeron dos policías más, las dos eran mujeres. Me acuerdo que una tenía el pelo rubio, aunque me pareció que estaba teñido porque le asomaban unas raíces castaño oscuro en el punto de unión de la frente con el pelo. Me preguntaron mi nombre y mi edad y les contesté. Intermitentemente sentía un dolor profundo, una especie de puntada, y gritaba. Me preguntaba qué diablos estaba esperando esa ambulancia para venir a buscarme. Sentí que pasaron diez horas o más, pero poco tiempo después pude confirmar que, cuando mucho, habrán transcurrido unos veinte minutos hasta que finalmente llegaron.

Dos tipos de blanco de pies a cabeza me levantaron de un tirón y me subieron a una camilla. Sentí un dolor insoportable y grité. Después subieron la camilla a la ambulancia, y esta vez el dolor fue mucho menor. Cuando cerraron las dos puertas fue como si dos petardos me estallaran cerca de los oídos. Adentro estaba fresco, así que me sentí algo mejor. Los tipos me preguntaron un par de cosas que no recuerdo muy bien mientras uno de los dos me aplicaba una especie de gasa en la zona herida, lo que me hizo chillar como un cerdo en pleno degüello.

~~~

Nada es más hermoso que una noche calma en un sanatorio

Lo primero que recuerdo, después de aquella traumática experiencia, es abrir los ojos con mi espalda y mi trasero apoyados sobre la cama de un sanatorio.

Evidentemente, los tipos de la ambulancia me habían sedado de algún modo. Supuse que, antes de eso, me habían preguntado por mi obra social, porque por algún motivo reconocí el sanatorio en el que estaba aunque nunca había estado internado ahí. De hecho, jamás había estado internado.

La habitación era algo pequeña, con un televisor de tubo de catorce pulgadas empotrado en la pared, colgando sobre mis pies. Las paredes eran deprimentes, aunque recién pintadas (tanto así que olía a pintura), mitad de blanco y mitad de gris. No llegaba a ver bien el piso. A mis espaldas, perpendicularmente dispuesta, había otra cama, vacía (por suerte). Al lado de mis pies había una especie de mesa de luz, con el control remoto del televisor y una botella de agua sin abrir sobre ella, y junto a la mesa de luz, una silla barata de esas que uno encuentra típicamente en cantinas de mala muerte.

En esa silla se sentó mi madre un rato después de que yo inspeccionase un poco la habitación y me entregase a un sueño reparador de un par de horas. Cuando me desperté, ella estaba observándome en silencio. Sabía de antemano que iba a ser por demás comprensiva y condescendiente conmigo, aun sin saber qué había pasado, aun sin tener idea de qué tanto era por mi culpa estar ahí. Sentí la opresión de su mirada mientras despertaba y oí su voz alcanzar mis tímpanos:

–Hola hijo, ¿Cómo estás? ¿Estás bien? –dijo con pausa y con una voz marcadamente afectada por la preocupación pero a la vez calmada por el hecho de verme despertar, haciendo un esfuerzo por bajar el tono al nivel de un susurro y procurando así respetar los protocolos de las instituciones médicas.

–Todo bien –dije, mientras con mi mano derecha palpaba la herida, que me dolía. Sentí algo rugoso y desagradable, como un pedazo de matambre cosido con hilo de pizzería al que alguien le había echado medio paquete de azúcar impalpable encima. Hice un gesto de dolor– Estoy bastante bien, dentro de todo...

–¿Qué te pasó, *****? –me dijo, usando mi nombre completo. Cuando mi madre usaba mi nombre completo estaba expresando verdadera preocupación. Yo sentí como si me cuestionara, como si me estuviese culpando de algo aunque, en el fondo, sabía que no era así.

–Mirá, no sé muy bien. Bah... –en ese momento me di cuenta de lo mucho que me molestaban las sábanas. Eran algo pegajosas aunque olían a suavizante, y parecía que flotaban sobre mí– Un tipo... no sé... me atacó en la parada de colectivos porque no quise darle una moneda. La verdad, no estoy muy seguro de que fue lo que lo llevó a acuchillarme así...

Ahora me daba cuenta de que lo que más me molestaba de las sábanas era que me hacían sentir desnudo.

Miré a mi izquierda, un poco por sobre mi cabeza, y recién entonces me percaté de que tenía enchufada al brazo izquierdo una intravenosa que me suministraba suero.

Mi madre estuvo un rato largo conmigo. Hizo un esfuerzo para que me calmara e intentara olvidarme de lo ocurrido hablándome de cualquier otra cosa. Le seguí la corriente, pero no podía evitar que lo que me había pasado me diera vueltas en la cabeza como una mosca incansable. Antes de salir, me preguntó si necesitaba algo y le dije que no. Después de un rato, cuando pasaron una o dos horas desde que había salido de la

habitación me culpé por eso. La verdad, tenía ganas de comer algo. Pensé en cereal inflado, aunque me di cuenta de que se me iba a hacer difícil comerlo con un brazo conectado, manguera mediante, a una bolsita de líquido colgando. Incluso, era posible que las enfermeras nos reprendieran por eso.

Algunas personas más me vinieron a ver por la noche, entre las ocho y las diez, en horario de visitas: mi padre, mi jefe y uno de mis tíos. Hablé un poco con todos de lo obvio: qué había pasado, cómo me sentía y ese tipo de cosas. Estaba un poco harto de la situación, particularmente de no poder moverme ni hacer demasiado.

Esa noche, en medio del silencio, recordé un poema extraño, una canción de rock, un alarido grunge que había pasado al papel en mi adolescencia. El poema rezaba:

*El olor a alcohol es muy fuerte,
Hay miles de agujas,
Me visitan duendes e insectos
(los gritos de brujas).*

*Con un cable mal conectado
Vaciarán mis venas
Y la sangre gotea muy lenta
(es un reloj de arena).*

*Nubes de algodón con el iodo
Forman nubes negras,
Y en la sangre brota una lluvia
De células muertas.*

*No quiero tomar medicinas,
Me persigue el odio.
Tengo una maldita pistola
(lo que sigue es obvio).*

*El dolor es suave, insensible
En una noche clara.
La luz de una luna borracha
espera la mañana.
Tenue gusto a sangre (metales)
Es la hemoterapia.
El silencio más tenebroso
Inunda la sala.*

Fueron cuatro días en el sanatorio. Salí de él en un remis. Recuerdo que era un Volkswagen gris perla, viejo, algo cuadradito, pero no podría precisar el modelo.

Pasé dos semanas en mi casa, la primera levantándome poco de la cama, la segunda casi nunca en ella, volviendo a mi rutina de dormir poco para disfrutar de no estar dormido. Escribí unos cuantos poemas que me parecieron basura tiempo después. Reescribí en un papel aquel poema que recordé en la cama del sanatorio. También escribí un par de cuentos cortos de ciencia ficción que no eran del todo malos, pero al releerlos me daba la impresión de que habían sido redactados por una versión adolescente de mí mismo.

Durante esa última semana, decidí salir a pasear un poco, como para ir adaptándome a convivir con mi herida y con la luz del sol. Mientras caminaba en las proximidades de la estación ferroviaria de Glew veía como, a toda hora, un enjambre de personas se movía en dirección del tren que llegaba cuando la estación se desbordaba de almas y luego reposaba sobre las vías durante unos quince minutos. El tren se iba llenando como una colmena y yo los veía a todos como a avispa amenazadoras que zumbaban incesantemente. Algunas entraban y otras salían y a veces se chocaban entre ellas. Luego de quince minutos el tren salía lentamente acompañado por una campana débil y apagada que oficiaba de fanfarria y les decía al resto de las avispa que no se cruzaran en el camino. Al ratito empezaba a llenarse de nuevo la colmena. Las personas que iban llegando, por lo general, no aparentaban estar preocupadas por haber perdido el tren. Incluso parecía que lo habían perdido a propósito esperando otro más vacío.

Había momentos en que sentía asco de mi mismo. Parecía como si pudiese flotar sobre mi carne y huesos, salir de mi cuerpo y verme desde arriba mirando a otros. Y lo que veía era a un pobre desgraciado que lo odiaba todo, un desgraciado que en ese momento no era consciente de lo efímero de su existencia. En una de esas ocasiones pensé en el futuro, pero en un futuro muy lejano. Imaginé el Universo tres o cuatro milenios más adelante, incluso, millones de años en el futuro. Me imaginé un Universo frío y estéril. El tiempo había pasado rápido, inexorablemente. Había segado miles de millones de vidas con total indiferencia. Vidas felices y tristes, vidas que querían seguir vivas y otras que querían terminar consigo mismas. Vidas brillantes, que aun tenían mucho para darle al propio Universo, cosa que a él no le importaba en lo más mínimo y, montado sobre la enorme y cruel segadora de vidas, el tiempo, se las había llevado también. Todos esos cuerpos eran ahora tierra, aire, fuego, agua. Y yo también lo era. Había estado en silencio durante millones de años, y seguiría así eternamente. La espera había sido larga, pero el mundo frío y devastado había llegado. Y los largos años que yo había vivido no habían sido más que un mísero grano de arena en un desierto imponente.

Un día, un poco nublado y nebuloso, entré en la estación. La noté un poco rara, cambiada. Pensé que quizá habían hecho obras, hacía unos cuantos días que no tomaba el tren. De un momento a otro el tren se acercó a la estación. Mujeres y hombres, chicos y viejos esperaban para subirse. Un hombre, que estaba parado sobre la franja amarilla, se veía ansioso por subirse, como si estuviese apurado. El tren se acercó bajando su velocidad paulatinamente y, cuando muchos se acercaban para ganarles la posición a otros y entrar primero en búsqueda de los mejores asientos, el hombre ansioso se tiró frente al tren y desapareció rápidamente bajo el andén. El sólo verlo me produjo una sensación escalofriante, un estremecimiento y un ligero sabor amargo en mi boca. Simulé que la situación me era indiferente. Se escucharon murmullos y al poco rato gritos desgarradores que acompañaron los crujidos del cuerpo que el tren mutilaba y destripaba. Vi sangre emerger desde las vías y saltar por encima del andén. Ahora había un sol hermoso que iluminaba la sangre y las extremidades mutiladas en pleno vuelo y les daba brillo como si fuesen piezas de oro puro. Cuando el tren detuvo su marcha, los gritos se hicieron más sobrecogedores. Algunas mujeres lloraban, otras apartaban a sus hijos. No sé bien como, pero a la velocidad de un relámpago un hombre uniformado comenzó a evacuar la estación. Recuerdo haber visto a gente exageradamente desesperada, corriendo con horror delante de los colectivos de la estación. Recuerdo eso y gritos. Recuerdo eso y que el cielo volvía a ponerse feo, nublado, y que yo me sentía realmente shockeado. Y fue entonces que todo se apagó, la cinta dejó de rodar y mis ojos se abrieron para contemplar el cuarto silencioso iluminado por una luz tenue que se filtraba por los agujeritos de la cortina de plástico enrollable y proyectaban huevitos de

luz sobre la pared. Estaba bastante sudado y exhausto, como si hubiese corrido una larga maratón mientras dormía.

~~~

## Glew

Los días fríos regresaron. Luego de las cálidas y largas tardes de rehabilitación de los últimos días del verano, me había reincorporado al trabajo y a la rutina. Poco a poco me fui olvidando de aquellos escasos días en casa, en los que tenía tiempo libre de sobra y salía a caminar con frecuencia por el barrio, yendo todo derecho por Gervasio Méndez hasta la estación de Glew. Ahí, por lo general, me sentaba un rato y comía alguna golosina. Y después de unos minutos me incorporaba y empezaba a dar vueltas al velódromo. En ese momento sentía que me ayudaba a recuperarme físicamente, aunque, a decir verdad, hoy no creo que así fuese realmente.

Ocasionalmente sentía dolores en la zona de la herida, aunque apenas se veía una marca de piel más suave y brillante, ligeramente levantada sobre el resto, como si estuviese quemada o algo parecido. Muchas veces me preguntaba si ese dolor no era psicológico, si no era el recuerdo del puntazo de la mañana en que me atacó el tipo desprolijo y de mal aliento.

Pasaron los días y yo sentía que el tiempo volaba como un avión. Y con frecuencia, como suele suceder cuando uno está sobre un avión, deseaba que el propio tiempo pasara rápido y llegar a destino, a un destino que no conocía pero tenía ansias de hacerlo.

Tengo recuerdos bastante vívidos de aquella mañana. Supongo que es lógico, después de todo.

Aquella mañana, todo parecía igual que antes del puntazo. Caminar unas cuadras, el colectivo, llegar a la estación. Ahí iba a tomar el Roca hasta Lanús, como de costumbre, para después cruzar el paso bajo nivel y patearme las cinco cuadras por la avenida 9 de Julio evitando chocar a otros peatones hasta llegar al trabajo y verle la misma cara de siempre a Alejandro, mi jefe y dueño del negocio. Particularmente, no tenía nada contra Alejandro, pero sí odiaba el trabajo. Sin embargo, en algún sentido, también me resultaba un poco indiferente, neutro, sin sabor. Tenía bastante tiempo libre y eso me permitía reflexionar. A veces escribía, pero generalmente lo que resultaba no era bueno. El clima no era inspirador y todo lo que escupía en el papel solía parecerse más al descargo de un fracasado y triste tipo que a cualquier otra cosa. Cada tanto caía un cliente. Escuchaba el timbre que sonaba automáticamente cuando alguien abría la puerta y ya me sentía de mal humor. “¿Me da cinco litros de detergente?”, “¿Cuánto está el litro de perfume para la ropa tipo Vivere?”. Había escuchado tantas veces preguntas parecidas que sentía un disgusto incontenible, unas ganas enormes de tirarles, al pobre tipo o a la desdichada mina que entraban a preguntar, los cinco litros de detergente y el perfume encima, o meterlos a ellos mismos en el piletón donde fabricábamos los productos de limpieza y que se ahogaran, hundiéndose como en arenas movedizas, tragándose el agua y el laurilsulfato de sodio, asqueados con el olor profundo de la esencia que bautizamos como “a hierbas” y que usábamos para el detergente “de aloe vera”. Mientras pensaba en eso, siempre ponía la mejor cara de idiota y contestaba como correspondía. No quería problemas con Alejandro, necesitaba la plata para vivir y no era una característica mía rebelarme demasiado. Siempre fui bastante cobarde y obediente, y no tenía planes de cambiar mi forma de ser en, al menos, cien años.

Esa mañana también pensé en el trabajo, en lo que lo odiaba y en las horas que iba a pasar allí deseando que el avión llegara al condenado destino.

Recuerdo que, ya sobre el andén, miré de reojo el velódromo y me acordé de los días en que era libre gracias al desgraciado que me había clavado el cuchillo en el abdomen. Sentí ganas de darme una vuelta, como quien después de muchos años vuelve a visitar su primer hogar, debiendo volver pronto al nuevo hogar en el que, a pesar de que hace décadas que pasa su vida, siempre sabe un poquito a ajeno. Pero miré la hora en el celular y estaba muy justo de tiempo, el tren estaba por llegar y prefería no perderlo y evitarme las explicaciones de por qué había llegado tarde. Después de todo, los días soleados se habían ido y quince minutos sentado en un frío banco de cemento no me iban a devolver aquellos momentos.

Recuerdo, también, que un tipo gordo con una camisa blanca (que llevaba un logo bordado del lado del corazón) y pantalones negros de vestir, controlaba que nadie se quisiera colar a la estación sin pagar. El tipo tenía el primer botón desabrochado (por lo que un racimo de pelos negros enrulados le emergía del pecho por sobre la camisa) y las axilas empapadas de sudor, a pesar de que la mayoría de las personas tenían puesto un suéter o algún abrigo ligero.

Posiblemente ni me acordaría del gordo y su camisa de no haber sucedido lo que finalmente sucedió esa mañana. Tampoco me acordaría de la señora con el pelo color zanahoria y pajoso, o de la nena de unos cinco o seis años que le tomaba la mano y le hablaba incansablemente, mientras ella la ignoraba. O del tipo que pidió algo en el puesto de la estación y parecía no encontrar cambio en la billetera para pagar. O el perro blanco de manchas marrones que tenía toda la panza gris y mojada, que olía a húmedo y se acurrucaba contra un banco metálico verde.

Seguramente recuerdo todas esas pequeñeces porque ese día me cambió la vida. Ese día el avión finalmente llegó a destino. Y el destino era realmente inesperado, al menos para mí.

Porque, además de todas esas caras, situaciones, impresiones, también recuerdo haber visto a un tipo con un sobretodo marrón, bastante sucio y andrajoso. El tipo comía algo de un paquete con las manos negras de suciedad y miraba fijo, como perdido, el andén de enfrente a través de las vías de la estación.

No sé aún si era él, pero en ese momento estaba seguro de que lo era. Y también estaba seguro de lo que haría, aunque jamás se me hubiese ocurrido hacerlo antes. Esa mañana sentí que era la oportunidad de mi vida, que tenía que jugar la primera ficha. Me volví un monstruo, una bestia, un desafortunado. Pero todo sucedió dentro mío, porque por fuera era otro gris e infeliz tipo esperando el tren para ir a trabajar como todos los días.

Pensé en una estrategia, mientras el tren se iba acercando lentamente, o eso era lo que parecía desde la distancia. Podía ver las luces amarillas encendidas, a pesar de que era de día. La parrilla de adelante, pintada de diagonales rojas y blancas parecía una dentadura chueca sobre una asquerosa encía sanguinolenta, esperando por tragarse a la siguiente víctima. Recordé mi pesadilla y lo sentí como un presagio. Tenía terror y a la vez sed de oír los gritos y llantos de aquel sueño fatídico.

Me acerqué lentamente al tipo por su espalda, haciendo como que paseaba por el andén mientras esperaba que el tren llegara al lugar indicado.

El tipo estaba demasiado obsesionado con sus pensamientos, o suficientemente aturdido como para fijarse en lo que yo hacía. Aunque, por un momento al menos, me pareció verlo amagar a mirar por sobre sus hombros, como si su instinto animal le estuviese avisando del peligro, de una vieja presa que se había vuelto cazador.

El tren estaba llegando, sonó la bocina y me aturdió, me dijo que ya no había más tiempo. Dudé un instante que pareció una eternidad, pero no fue más de un segundo. Tragué saliva e, inmediatamente después, sentí un puntazo en la herida que me hizo

encorvar ligeramente. Eso era lo que faltaba, la pequeña gota de rencor que iba a hacer desbordar el vaso por completo. Odiaba mi vida y no me importaban las consecuencias. Nada iba a ser peor que la maldita rutina de escuchar a miserables preguntar el precio del detergente barato.

"¿Así que sos muy valiente para darme una puntada cuando estoy totalmente indefenso? Mirá vos, ¿así que quisiste matarme y no terminaste el trabajo? ¡Mala idea! Yo no te había hecho nada, ¡pedazo de basura!", grité para mis adentros, tan profundo que nadie jamás podría escuchar, llorando lagrimas que nadie jamás podría ver. No me importaba siquiera si en ese momento un rayo caía sobre mí y me calcinaba, quizá hasta lo deseaba un poco.

El tren estaba a punto de llegar y llamé al tipo clavándole los dedos índice y medio sobre el hombro izquierdo.

—¡Eh! —exclamé, a la vez que el desgraciado se daba vuelta desconcertado, pronunciando una suerte de "a" con la boca formando un círculo para decir "o".

Cuando giró y vi su rostro estaba seguro de que era él, con su expresión de loco y sus pelos y barba hechos una maraña, aunque parecía más indefenso y derrotado que entonces, como si el tiempo le hubiese pasado mucho más rápido que al mundo que lo rodeaba. Me vio y no pareció recordarme a mí como yo lo recordaba a él. Lo empujé torpemente, sintiéndome cada vez menos seguro de lo que estaba haciendo, como si la fiera en mi interior se hubiese apagado y el yo humano se apiadase de él al verlo tan abatido. El tipo tropezó hacia atrás y quedó colgando en el borde del andén. Me di cuenta de que había calculado mal el tiempo y me había apresurado a empujarlo. El maquinista hizo sonar varias veces la bocina y pude ver su expresión de horror. Algunas personas amagaron a ayudarlo pero estaban muy lejos, yo extendí la mano inútilmente cuando la bestia en mí se había dormido, consciente quizá de que su sed ya había sido saciada, que el resultado era inexorable. El tipo estaba demasiado aturdido y terminó trastabillando en su intento por subirse. La máquina se lo devoró en segundos que parecieron eternos, acompañados del más profundo y cruel silencio que había presenciado jamás. De un momento a otro oí los gritos de decenas de personas aterradas, mucho más estremecedores que en aquella pesadilla. Algunos se acercaban a mí para increparme, me gritaban directo a la cara. Podía sentir sus alientos calientes sobre mis mejillas, pero era incapaz de mover mi cuerpo y salir de mi asombro. Había vuelto a ser uno de mis yos, el más humano, el que nunca hubiese hecho algo como eso porque creía que estaba mal pero, por sobre todas las cosas, porque era un cobarde incapaz de apostar su inútil vida.

Un grupo de personas comenzó a empujarme, cada vez más violentamente, en el sentido contrario de las vías y hacia los molinetes de entrada a la estación. En ese momento sentí miedo, mi instinto de conservación animal me hizo cubrirme con los brazos, agachando ligeramente la cabeza. Un grupo de policías separó al tumulto de mí y me escoltó hasta un patrullero. En ese momento muchas de las personas que me habían tenido en sus manos segundos atrás, se pusieron más furiosas y comenzaron a lanzarme cosas. Vi volar botellas con líquido que se esparcía por el aire, latas, piedras. Sentí una gran vergüenza en ese momento. Mientras los policías me metían en el auto, me pregunté cómo podía hacerle eso a mis padres, tenía terror de imaginar lo que ellos podían sentir, volviendo años y años atrás en el tiempo, a cuando era un niño en la primaria que creía que el mundo se iba a acabar ese día en que lo hicieron firmar en un acta por tirar tachos de basura llenos por la vieja ventana del primer piso de la escuela.

Pero esta vez no me habían mandado "a dirección", sino a una sucia jaula de una comisaría. Casi nadie me habló una palabra, no lo necesitaban y yo tampoco. Extrañé la dirección de la escuela y a la directora. Todo ese mundo terrible se me hacía cálido y

confortable ahora. Como un meteoro me vinieron a la mente las caras jóvenes y angelicales de mis compañeras del secundario. Todas ellas eran adorables en mis recuerdos, o al menos las que podía recordar, a pesar de que por aquel entonces casi ninguna de ellas me lo parecía. Me pregunté si era producto de mi imaginación o de la distorsión que produce el paso del tiempo sobre la memoria, hacía ya mucho tiempo que no las veía. O si era que, ya más grande, el recuerdo de sus caras jóvenes y todo aquello por descubrir que aun había frente a mí en ese entonces me producía alguna suerte de nostalgia. Cuando era alumno del secundario no veía la hora de que pasaran los años y no ver a ninguno de mis compañeros. Me reí tontamente recordando eso, sentado en un rincón húmedo y oscuro de la jaula, despreocupado de frotar mi remera blanca, lavada y planchada horas antes, con el moño y el verdín que decoraba la pared. Pensé en caras que me llegaban a la mente como óleos difusos, a medio pintar, pero de muchos de los chicos ya no recordaba ni siquiera sus nombres o apellidos.

Nunca supe el nombre del tipo al que había matado.

Y era mejor así.

~~~

La jaula

Es interesante como a veces, en retrospectiva, las experiencias que en su momento parecían ser lo más terrible que a uno le había sucedido en la vida podían volverse incluso agradables. En la cárcel, luego de llegar a ella acarreando una dura condena por homicidio, no sólo me seguían pareciendo agradables mis compañeros de secundaria, a quienes había despreciado por entonces. También recordaba pequeños momentos de infelicidad de mi niñez y me hacían sentir nostalgia. Un día volví con mi mente a las largas tardes esperando interminablemente mi turno con la dentista, en los consultorios odontológicos del Hospital Francés. Posiblemente no fuesen tan largas para la escala de tiempo del adulto, pero podía recordar con frescura que esas tardes eran insoportables para el joven *****, que balanceaba atrás y adelante en forma totalmente desincronizada las cortas piernas que colgaban de su asiento, en un intento desesperado por acelerar el tiempo, como trotando en el aire para volver a casa. Recordé que los asientos eran triples, unidos por caños cuadrados negros y forrados con una suerte de pana o tela rasposa. Pero se veían sofisticados y nuevos. Los consultorios eran blancos y modernos, el piso era de alfombra oscura y la luz solar se colaba por ventanas estratégicamente ubicadas. Ver la luz del sol era lo que más me gustaba de esperar en el consultorio y, posiblemente lo único. Aunque también me gustaba la dentista, pero en un sentido no sexual –o eso creo–, más bien porque era simpática y amable, y porque (me parecía) tenía un aliento que olía agradable, como a un chocolate amaderado, cuando me hablaba a través de su barbijo. Y cuando la espera en la sala terminaba la volvería a ver, lo cual me gustaba, pero también volvería a ver el espantoso y chillante torno, lo cual detestaba. Mientras el torno carcomía mis muelas y sentía el sabor y el olor a quemado del esmalte erosionado, pensaba en lo poco que faltaba para volver a casa y reencontrarme con mis juegos. Mi madre y yo bajaríamos a buscar un turno para la próxima vez e iríamos a tomar el colectivo para regresar a casa.

Ella no estaba conmigo ahora y no podía llevarme en colectivo a casa como entonces, pero yo deseaba que eso fuese posible y, estimo, ella también. Mis padres venían regularmente a visitarme a la cárcel. Habían sido muy comprensivos conmigo, quizá demasiado, quizá más de lo que (pensaba entonces) merecía un inundo homicida como yo.

La cárcel era bastante diferente a la idea que me había hecho de las películas o las novelas. No es que fuese menos terrible, sino que la rutina era muy poco cinematográfica. La mayoría de los tipos que estaban ahí eran culpables de delitos graves pero no menos cierto era que todos o casi todos se habían adaptado a una gris constancia en la que raramente había una trifulca o alguna situación extremadamente violenta. Y, por lo general, cuando eso pasaba los involucrados terminaban molidos a golpes por los guardiacárceles, a los que uno aprendía a guardar rencor desde el primer día.

El tiempo se hacía eterno, a tal punto que lo mejor de la cárcel eran, usualmente, las horas de trabajo manual, sobre todas las cosas porque cada tanto aparecía una actividad diferente y resultaba un nuevo reto, de algún modo.

Mis primeros días allí dediqué mis interminables horas de espera a dormir –mientras podía– y, especialmente, a largas sesiones introspectivas, buscando así una respuesta que me explicara por qué había caído en esa situación. Dios y Jesús no me alcanzaban para tirar por veinte años, así que no me quedaba otra que seguir buscando una respuesta en mí mismo.

Pasados unos meses, pensé en pedirle a mi padre algunos libros para leer: tenía cientos que quizá, incluso, ni el mismo había leído. Me traía de a tres o cuatro y yo los consumía en igual cantidad de días, por lo que, por lo general, me quedaba tiempo para volver a recordar lo infeliz y desgraciado que era. Conocí así la prosa de autores como García Márquez o Galeano, dado que a mi viejo le gustaba, más bien, la literatura de raíces fuertemente latinoamericanas. Cada tanto me traía algo de escritores un poco más peculiares, como Cortázar o Borges, pero rara vez literatura europea o estadounidense, por lo que solía extrañar el estilo de mis autores favoritos.

Tenía un compañero de celda, se llamaba Pedro Echagüe pero en la cárcel se había ganado el apodo de "Palo", por el simple motivo de que en una ocasión le había volado varios dientes a un guardiacárceles con el palo de una escoba en medio de una pelea con otro preso. Cada tanto tenía que aguantarme escuchar de nuevo la historia del palazo al policía. A Palo le encantaba contarla y, por sobre todas las cosas, creer que era una especie de héroe por eso.

Palo tenía veintisiete años cuando entré, dos más que yo. Era delgado y tenía el pelo largo y enrulado, negro como las plumas de un cuervo, aunque en prisión había aprendido a detestar a los abogados. Usualmente usaba una barba prolijamente definida que se discontinuaba en las mejillas que, no obstante, no se afeitaba a diario. Sobre la barba la expresión de su boca era ruda, como si estuviese enojado en todo momento, lo cual no era necesariamente cierto. No hablaba mucho, y eso me resultaba agradable, especialmente en mis horas de lectura, pero en sus momentos de charlatán se volvía una máquina incesante de irritar. Muchas veces decía decenas de idioteces en una sola frase, pero yo no me atrevía a corregirlo o hacerle observación alguna. Él podía percibir mi debilidad y, además, de algún modo la celda era de él, era su casa y yo siempre fui su invitado; supo cómo hacer para que eso me quedara claro.

Palo también estaba ahí por homicidio, pero a diferencia de mí, él había matado a su novia de diecinueve años. Cuando me hablaba de ello, el tipo se disgustaba un poco y agitaba los brazos y las manos más de lo usual. La chica lo había estado engañando con un muchacho más joven que él y que ella también, un menor de edad. Un día, por accidente, los descubrió a ambos desnudos, fumando marihuana en la cama y el muchacho logró escapar de la escena, pero la joven estaba acorralada. Palo la golpeo y ella cayó sobre el borde de la cama y se desnucó. Claro que esa era la versión del homicida. "No quise matarla, pero se lo merecía esa perra", dijo alguna vez, mientras cebaba un mate, con los ojos fijos en el chorro de agua caliente. Él decía que había empezado a trabajar sólo por ella, que la había amado, que habían planeado tener hijos y formar una familia. Yo pensaba que Palo era un desgraciado y él seguramente también lo pensaba, de él mismo y de mí, pero a aquel tipo le gustaba justificar a los desgraciados. La primera vez que le conté por qué estaba en prisión me dijo que lo que yo había hecho estaba bien, que el tipo que me había apuñalado se la había buscado y cosas por el estilo.

Mi compañero de celda tenía un enemigo íntimo en la cárcel, un tal "Cati". En realidad, luego supe que esa enemistad era sólo registrada por el propio Palo. A pesar de portar un apodo aparentemente angelical, "Cati", Daniel Facciutto, habitaba un cuerpo gordo y macizo de ciento cuarenta kilos, que en su rostro llevaba barba como Palo, pero era rubio, de ojos claros y pequeños, de un aspecto estereotipado de vikingo. Usaba el pelo largo y atado, aunque adelante tenía entradas prominentes y su pelo era escaso y extremadamente fino. Sus enormes brazos estaban cubiertos de tatuajes, algunos muy bien realizados y otros bastante horribles. Facciutto estaba en cana por enésima vez. Había sido partícipe de diferentes delitos, entre ellos robos, secuestros, tenencia de armas de guerra y de cantidades industriales de droga de todo tipo y naturaleza, pero

particularmente de cocaína. Poco después escuché de algunos presos que era el que tenía todo orquestado con los policías para entrar droga a la cárcel, y eso le daba un poder inmenso y total impunidad. En algún punto podía creerse, con bastante fundamento, que el hecho de que ese tipo estuviese en la cárcel era más bien parte de un acuerdo, o algún tipo de pantalla o puesta en escena.

Palo había tenido una pelea con él, en la que salió duramente lesionado. Tenía una rodilla que le hacía ruido como consecuencia de ello, y me hizo tocarle el cráneo para encontrar una especie de costura o bulto que tenía bajo el pelo. “Eso me lo hicieron los guardiacárceles de un palazo, el muy cobarde tiene la protección de la cana... ese gordo es un cagón, esa es la posta”, me dijo en aquella oportunidad. Según contó Palo, mientras él y Cati se trenzaban, los guardiacárceles se les acercaron y simulaban separarlos, pero en realidad lo molieron a palos a él, dándole con machetes en la cara, en las costillas y en la cabeza. Estuvo inconsciente durante varias horas. En un celular que escondía celosamente, me mostró fotos de cuando estuvo internado y no pude más que creer su historia. En las fotos costaba mucho reconocer su cara actual, tenía los ojos hinchados como un sapo, de color morado intenso y los pómulos y boca estaban rojos y duplicados en tamaño.

Palo siempre me hablaba con resentimiento de “Cati” Facciutto cuando llegué, y de lo que iba a lamentarlo cuando tuviese posibilidad de cobrarse venganza. Tiempo después empezó a abandonar un poco el tema, nunca supe por qué, aunque tuve algunas sospechas que nunca llegué a confirmar.

Los días fueron transcurriendo en la cárcel y yo no veía cómo iba a soportar que pasara el primer año ahí. Para entonces tenía algunos tatuajes, todos horribles. Los tatuajes los hacía un flaco joven de nombre Germán, de unos veinte años, que alguna vez había aprendido a tatuar, pero no lo había hecho nunca profesionalmente. Solía ofrecer dos o tres modelos que había sabido estandarizar, aunque lo típico era que le pidieran nombres de mujeres, de hijas especialmente, o de las madres. Cuando Germán se fue nos quedamos sin tatuador por un tiempo, pero eso pasó recién a mis dos años de cautiverio.

En el medio, me había visto obligado a participar en algunas peleas. Mis viejos venían cada vez menos, posiblemente porque veían que la cárcel me estaba transformando y yo no podía evitarlo, era un gusano en una crisálida que, cuando lograra salir de ella, no dejaría de ser un gusano aunque pretendiera ser otra cosa. Me parecía que todos ahí lo eran, incluso los que aparentaban ser inocentes, aquellos que realmente habían sido injustamente encarcelados. Posiblemente porque siempre sentí que, en el fondo, afuera o adentro de la cárcel, todos los seres humanos eran de algún modo desagradables.

Una de mis peleas había sido con un ladero de Facciutto. No recuerdo su nombre o apodo, sé que era algo así como Cacho, pero estoy bastante seguro de que no era exactamente ese. De todos modos, sigo pensando que ni siquiera valía lo suficiente como para que pudiera recordar cómo se llamaba. El infeliz estuvo toda la tarde cargoseándose mientras jugábamos al básquet en el patio. En un momento se dio un cruce:

–¡Al pecho y fuerte, al pecho y fuerte! ¡Hacé bien los pases, maricón! –me dijo.

Me contuve de contestarle. Permanecí en silencio y seguí jugando.

–¡Eh, bobo, pasala fuerte! –volvió a decirme, tras otro pase que le entregué con desgano. Lo miré fijamente a los ojos, prometiéndole con mi mirada que el próximo pase iba a ser según sus deseos.

La vez siguiente en que tomé la pelota tenía un tiro muy cómodo desde la pintura, pero lo vi a un par de metros a mi derecha y el imbécil me hacía muecas. Le tiré la

pelota directo al pecho, a una velocidad desproporcionada, pero logró agarrarla sin que lo golpeará. Las palmas de las manos le sonaron como si hubiese dado un cachetazo seco. Mi actitud no le gustó mucho, así que me miró fijamente mientras los del equipo contrario se le amontonaban para robarle la pelota. No llegaron a hacerlo, porque el cretino me la tiró directo a la cabeza. Fui lo suficientemente rápido para esquivarla, porque de lo contrario me hubiese reventado el cráneo. La pelota dio contra una reja, que vibró como un masajeador a pilas.

Se hizo un silencio. Cati estaba ahí, afuera de la cancha, mirando el partido. Lo vi de reojo. Lo vi, lo observé, por primera vez. Tenía las manos en la cintura y se reía arqueando hacia arriba sólo un lado de su boca. Sabía que se iba a armar una buena revuelta, pero no intervino ni a favor ni en contra de su perro faldero.

Mi aborrecible compañero de equipo se sintió aún más impotente por no haberme dado de lleno en la cabeza, así que se lanzó directamente encima de mí.

–¡Te voy a matar hijo de puta! –gritó, mientras llegaba corriendo para darme un empujón.

Si bien me lo esperaba, no tuve los reflejos necesarios para evitar que me acertara y caer al piso. Una vez allí el cobarde me asestó una patada en la pierna, cerca del tobillo, lo que me causó un dolor tremendo y me hizo girar con el impacto algo menos de noventa grados. Ahí mismo aprovechó para darme una patada en la oreja, dejándome aturdido y con la sensación de que tenía el oído derecho tapado, como si le hubiese entrado agua mientras nadaba en una pileta. Me intenté cubrir y escuché un pitido. El policía-referí quiso detenernos, pero en cuanto pude me incorporé y le devolví al tipito los golpes con un zurdazo que lo acomodó y luego un derechazo en la cara que lo volteó. Nos trezamos en una tremenda riña, que hizo las delicias de los demás reclusos. Por fin el partido se había puesto interesante.

Entre golpes e insultos nos pasamos unos segundos de acción y adrenalina. Verdaderamente fue una sesión completa de ejercicios. Me sentí ganador cuando el guardia nos separó, con ayuda de un par de presos que habían participado del partido: a él le bajé dos dientes, él a mi ninguno. Apenas podía ver con el contorno de mi ojo derecho hinchado y el párpado izquierdo chorreando sangre. Pero me pareció verlo desencajado al infeliz, y eso me hizo sonreírle socarronamente mientras nos alejaban.

Cuando volvimos a las celdas Palo me felicitó.

–¡Bien, pa! ¡Bien! –vociferó, mientras reía y me apoyaba la mano derecha en mi hombro izquierdo. Más allá de lo físico, yo me sentía de lo más molesto en realidad. Palo estaba contento porque el idiota ese era hombre de Facciutto. De algún modo lo percibió como la semilla de una guerra que quería declararle al gordo hacía años. Por supuesto, yo nunca lo había planificado, simplemente no había tenido alternativa.

Esa noche dormí con miedo. Pensé que iba a haber represalias por mis bravuconadas, pero no fue así. Las noches siguientes el miedo se fue haciendo menor, pero no desapareció por completo. Tenía la certeza de que Cati y los suyos harían todo lo posible para cobrarnos los dos dientes de Cacho, o como se llamase el infeliz.

La verdad es que eso nunca sucedió. Tampoco sucedieron demasiadas peleas en las que yo me viese involucrado. Evité varias veces agarrarme con mi propio compañero de celda. No podía; realmente le tenía miedo, así que siempre terminaba cediendo cuando sentía que había un conflicto latente.

Pasaron dos años más desde la ida de Germán, el tatuador. En esos dos años, recuerdo, habíamos empezado a fantasear con Palo con la posibilidad de irnos de ahí. Pensábamos formas de escapar que discutíamos por horas, para darnos cuenta por fin de que eran imposibles de instrumentar.

Cada vez nuestros planes de escape eran más locos, a tal punto que se volvían hollywoodescos. Llegó un momento en que sabíamos que estábamos desvariando, solamente lo tomábamos como un entretenimiento, como una película en la que éramos los directores y los actores, los guionistas y los compositores de la banda de sonido.

Conforme pasaba el tiempo nos íbamos convenciendo de que la única salida real era el suicidio. Muchos habían tomado ese camino, más de los que podría haberme imaginado antes de caer en prisión. A veces hablábamos bastante en serio del tema, de cuáles eran las mejores formas de hacerlo. Supongo que me salvó de quitarme la vida el repasar a cada momento qué tanto daño le podía hacer con eso a mis padres. Entonces volvía a la realidad y me decía: “No, no, basta. Tengo que mantenerme con vida para no decepcionarlos por completo, voy a pelear en esta jaula apestosa y voy a ser el condenado ganador”.

Es difícil imaginar que pude soportar hasta que se cumplieron poco más de cuatro años que estaba viviendo en ese gran edificio gris y cuadrado, horripilante, lleno de monstruos de todo tipo (entre ellos, yo mismo), de policías corruptos y de injusticias de toda clase. Nadie podía salir reformado de ahí, cualquier cosa era mejor, no había afrontado jamás una situación tan horrenda como ésta y posiblemente nunca la afrontaría. O eso pensaba. Eso pensé hasta aquella tarde en que, en medio de una siesta, me desperté oliendo a quemado entre gritos rasposos y primitivos. Me desperté casi sin poder respirar, viendo como el aire se viciaba de un humo gris y cegador. Me ardieron los ojos, como si me los hubiesen bañado de gas pimienta. Escuché dos o tres disparos. Palo estaba contra la puerta, expectante. Meneaba la cabeza y su pelo largo, negro y enrulado, bailaba de un lado a otro. Me había abandonado por completo, sin siquiera gastar una gota de saliva para llamarme. Me hubiese dejado asfixiar ahí sin ningún problema. No me sentí traicionado, porque él siempre me había dejado en claro, sin decírmelo, que era un gusano miserable que sólo pensaba en sí mismo, que había pensado en sí mismo cuando mató a esa chica de diecinueve años. Y nada tenían que ver la presuntamente destrozada esperanza de formar una familia o el amargo sabor del desengaño. La única razón que lo había llevado a cometer el crimen era su propio ego.

Me incorporé y vi que un tipo llegaba corriendo a abrir la celda. Era otro preso, que estaba encargado de sacar al resto de los pájaros de sus jaulas. Era necesario juntar masa crítica para que el motín tuviera éxito.

~~~

## Los pájaros

Los entretelones del motín eran de una deliciosa ironía: el cabecilla del levantamiento era nada más y nada menos que el gordo Cati Facciuto. Nunca llegué a saber por qué, y supongo que es aventurado hacer conjeturas, pero la respuesta más obvia era que el vínculo con la policía venía ríspido en relación al negocio del suministro de droga dentro de la cárcel.

Palo y yo corríamos por los pasillos, ayudando a abrir las celdas para que los presos salieran a apoyarnos. Un grupo de guardiacárceles esperaba expectante y disparaba al montón, entonces caía algún preso tomándose el cuello o el pecho. Era una batalla desigual en la que ellos tenían las armas sofisticadas y nosotros el número mayor de hombres. Y la furia, que se había moldeado poco a poco durante años, en algunos casos, décadas.

La situación era tan dantesca como inquietante. Después de cuatro años de grises, algo negro, intenso y mortuorio tenía que ser realmente emocionante. Pasé al lado de un bulto en llamas del que no logré reconocer su naturaleza a primera vista. Me frené unos segundos y pude ver un brazo, pelado por el fuego. Era un guardiacárceles que estaba convertido en brasas.

—Era el réferi —me dijo un preso que se dio cuenta de mi sorpresa. El réferi que me había separado del ladero de Cati ahora se había convertido en un montón de huesos, carbón y fuego.

Había escuchado sobre motines, leído noticias, visto películas. En aquellos momentos pensaba que debía ser horrible estar en una situación así. La realidad suele superar a la ficción, y éste era precisamente el caso. Estaba tan horrorizado como excitado. Si tenía que jugar todas las fichas, éste era el momento, no había marcha atrás. Dieciséis años por delante era demasiado, no podía imaginarme vivir un minuto más en ese infierno.

Me abalancé sobre un guardiacárceles y lo voltéé al piso. Tomé el arma de su bolsillo y rápidamente gatillé sobre su hombro (procurando en todo momento no matarlo) a lo que el tipo respondió con un alarido de dolor. Resistió unos segundos, me tomó del cuello, le di un culatazo en la mandíbula y su brazo dejó de forcejear. En cuanto me liberé, corrí desesperadamente en búsqueda de una salida.

Pude apreciar inmediatamente del modo en que Cati mostraba a todos su rol de organizador y coordinador del escape, cómo tenía todo perfectamente orquestado. Algunos guardiacárceles eran parte del plan. Nunca supe si eran presos disfrazados o verdaderos guardiacárceles. Cualquier situación era posible, de algún modo por momentos era muy difuso el límite entre los buenos y los malos en aquella espantosa rutina.

En un momento bajé las escaleras y me topé con cientos de reos que me llevaban por delante y se llevaban por delante entre ellos, caían al piso, el caos era absoluto. Gritos y toses roncadas colmaban el lugar. Entonces vi como mi compañero de celda se acercaba por detrás de Cati con una navaja, o algún tipo de arma blanca. Encontró su oportunidad, lo que tanto había estado esperando por años. Yo había encontrado la mía, y nuestros caminos iban a tener que separarse esta vez. Apunté a la cabeza de Palo por sobre el hombro de Cati y disparé con suerte de principiante. Palo cayó al piso instantáneamente. Su cuerpo quedó tendido. Muerte número dos para \*\*\*\*\*. “Al menos no tuvo hijos ni formó una familia”, pensé. Cati me miró y luego giró su cabeza para observar el cuerpo muerto de Palo y volver la vista hacia mí, dejando ver que se

hallaba turbado por lo sucedido. Su vida había sido amenazada casi en simultáneo por un arma blanca y un balazo que zumbó cerca de su oído. Unos segundos después me hizo un gesto cómplice y asintió con la cabeza. Me señaló por donde salir y seguí ese camino corriendo, con él siguiéndome por detrás.

–Si pasamos aquella reja somos libres, afuera hay camionetas esperando –me dijo.

Creí darme cuenta inmediatamente de que Cati había visto en mí un cómplice mejor que la escoria que lo rodeaba. Necesitaba a su lado a tipos con dignidad, capaces de enfrentarse a él aunque fuese indirectamente. Yo era en realidad un cobarde, sin embargo eso había hecho aquella tarde de hacía ya un par de años, buscando pelea a un tipo de los suyos, desafiándolo en su propia cara. Cati nunca iba a venir por la noche a cobrarse venganza, porque sabía que yo valía, porque sabía que algún día quizá le iba a ser de ayuda. No se había equivocado.

Facciutto era un criminal experimentado, un auténtico delincuente de profesión (si es que tal cosa existe), y quizá por ese motivo tenía aquello que algunos denominan “códigos”, pero que son, en realidad, principios básicos de supervivencia y elaboración de estrategias dentro del ámbito del delito. Era egoísta como todos, pero también era inteligente como pocos. Sólo los estúpidos actuaban como Palo lo había hecho entonces, sin medir las consecuencias, anteponiendo las ansias, los deseos más básicos, a las buenas oportunidades. Aquel pobre tipo se dejó llevar por el resentimiento y perdió tanto la oportunidad de ser libre como la de continuar con vida.

–Supongo que me conocés –me dijo Facciutto, mientras me extendía la mano. Lo que dijo me resultó pedante. La camioneta nos sacaba de la jaula pestilente mientras se agitaba como el juego de un parque de diversiones.

Estreché su mano.

–Yo soy \*\*\*\*\* –le dije. Después del saludo de caballeros permanecimos en silencio unos segundos, contemplando casi con nostalgia la cárcel en llamas. Veíamos como presos y guardiacárceles aún se mataban entre sí en ese marco apocalíptico. Y, de a poco, íbamos contemplando cómo se hacían más y más chiquitos, a verse como hormigas frenéticas en un hormiguero pisoteado, mientras nos internábamos en la ruta rodeada por una arbolada que no me habría parecido tan hermosa si no hubiese pasado esos años adentro de aquella caja de hormigón húmedo.

–Vamos a pasar por Las Heras por la ruta cuarenta, después seguimos –me dijo.

Asentí con la cabeza. Caí, entonces, en que seguramente éramos la noticia del momento en los medios de comunicación. Me imaginé al flaco ese del noticiero diciendo con voz grave y seria que un grupo de presos peligrosos se habían escapado del penal de máxima seguridad. Pasaba de la omnipotencia a la paranoia, sabía que tarde o temprano era probable que me cazaran de nuevo y me metieran en la jaula. Tenía que evitarlo a toda costa y no me importaba si tenía que vender el alma al diablo para ello.

–Tengo que ir a ver a mis viejos –le dije, con expresión seria.

El gordo hizo una breve pausa y se rió. No abrió la boca para reírse, arqueaba el labio para un sólo lado y hacía un ruido sordo, mientras apoyaba una de sus manos en la cintura.

Me palmeó el hombro en señal de amistad, pero lo hizo tan bruscamente que realmente me dolió un poco.

–Tenés buena madera, flaco –me dijo. Y volvió a contemplar los árboles.

El chofer aceleró la camioneta hasta una velocidad tan alta que sentimos el impulso y algunos estuvieron a punto de caerse. Atrás, otras dos camionetas lo seguían tan rápido como podían y, adelante, podía ver al menos un par más, todas llenas de fugitivos que habían ganado junto conmigo la apuesta que habían hecho. Esa tarde era una tarde de celebración.

Se hizo de noche lentamente. Me bajé en las afueras de Las Heras, junto con otros tantos. El gordo Cati me hizo un gesto amistoso. Me volvió a dar la mano y me deseó suerte.

–Te voy a encontrar, acordate –me dijo. Me sentí un poco intimidado, pero aún con todo era el momento en que tenía mayor confianza en mi propia seguridad en los últimos cuatro años.

Me fui a pie hasta la estación de tren, desprendiéndome en el camino de unos pocos individuos que habían elegido bajarse en el mismo lugar. Tardé tantas horas que se hizo completamente de noche. En el camino, encontré ropa vieja en algunos canastos de basura y aproveché la oscuridad para vestirme con ella. En la calle había poca gente, así que no me fue difícil pasar desapercibido. Me sentía bastante ridículo con una remera amarilla sucia y unos pantalones tipo jogging grises con agujeros en las rodillas. No recordaba qué día era y mucho menos sabía qué hora, aunque intuía que debían ser aproximadamente las once de la noche.

Tenía que alejarme lo más que podía. Entendí la risa del gordo Cati cuando le dije lo de mis padres, se reía de mi ingenuidad. Sabía que, si quería seguir en libertad, iba a tener que cambiar de perspectiva. Volver a mi casa era volver al penal, así que decidí tomarme el tren hasta Lobos. Ahí vivía un amigo de la primaria que se había mudado hacía años. No tenía idea de cómo lo iba a encontrar, si todavía vivía ahí, y de cómo él iba a tomar la idea de que me quisiera meter en su casa, pero no tenía muchas alternativas.

El tren no llegaba. Miré el cartelito de los horarios y me di cuenta de que había un enorme y viejo reloj marcando la hora por encima de mi cabeza. Eran las doce y cuarto de la noche. El tren a Lobos pasaba recién a las tres y media de la mañana. “Con razón soy el único estúpido que está en la estación”, pensé.

Me recosté sobre un banco y empecé a dormirme, sin quererlo del todo. Estaba agotado, pero sabía que corría riesgos si me exponía demasiado. Sin embargo, no podía hacer nada contra mis párpados, que parecían de plomo.

Cuando desperté era de día. Había gente en la estación. Algunos me miraban con extrañeza y yo trataba de no dejarme ver demasiado la cara, pero en general la gente está demasiado preocupada por sus cosas para andar cuestionándose por qué un ciruja se duerme en un banco de la estación de tren. El cuerpo todavía me olía a colchones quemados y tenía terror de que la más mínima señal me delatara, incluso esa. Vi a un par de gendarmes en el andén de enfrente y me hice el distraído. Noté que ellos me habían visto y la sangre se me heló por completo. Volví a mirar y no estaban allí. Estaba seguro de que me habían descubierto. Miré el reloj y vi que eran las seis y cinco minutos. Faltaban unos quince para que el tren a Lobos volviera a pasar. No tenía tiempo suficiente, así que tenía que alejarme o decidirme a esperar y disimular todo lo que pudiese. Opté por lo segundo. Los gendarmes se me acercaron, pero no parecían muy preocupados por mí. Caminaban lentamente y charlaban, vaya a saber de qué. Yo había tirado el arma con la que disparé a la cabeza de Palo en medio del camino, y me preguntaba si había sido una buena idea. Cati me había dicho que la conservara, pero yo tuve miedo de que terminara incriminándome si algún policía me detenía, me palpaba y la encontraba en mi bolsillo, así que la lancé lo más lejos que pude en medio del pasto y los yuyos que crecían, a pesar del sol ardiente, sobre la tierra seca y árida.

El tren llegó y me subí. Los gendarmes nunca se fijaron en lo que yo hacía, afortunadamente. Me senté y una niña de unos siete u ocho años que estaba sentada en otro asiento mirando en sentido opuesto no podía apartar su vista de mí. No pude evitar sentirme incómodo. ¿Y si mi foto había salido en los medios de comunicación? ¿Y si la niña me había reconocido? Entonces el juego había terminado, estaba perdido, tenía que

hacer algo. Opté por hacerme el dormido, inclinando la cabeza sobre el respaldo para que mi cara quedara frente a frente con el techo del tren. Así, nadie iba a poder verme claramente. No supe si la niña me siguió viendo, pero nada más me hizo sentir amenazado durante el viaje.

Aproximadamente una hora me separó de la estación de Lobos. Cuando me bajé me sentí totalmente perdido, como si estuviese en un país extraño en el que no hablaba el idioma. Sabía que no tenía donde ir. Ni siquiera recordaba el nombre de aquel compañero de la primaria, ¿Cómo lo iba a encontrar? Aquella idea había sido estúpida.

Volví a subirme al tren y empecé a pedir monedas, tomando confianza en mi suerte a medida que pasaban los minutos. Así me pasé todo un día, yendo y viniendo de Lobos a Las Heras. Junté unos cuantos pesos y entré a una librería. Compré un cuaderno y una lapicera baratos y un sobre común, que estaba amarillento –posiblemente porque hacía años que nadie había comprado uno. Escribí una carta y me fui directo al correo. En el sobre el destinatario era mi padre, y el que le escribía era un tal Orestes Perfumo. Sabía que mi viejo iba a entender quién le enviaba la carta en cuanto le llegara. Era mi despedida de ellos, la única forma en que podía hacerlo y, posiblemente, la mejor.

~~~


Ellos

No llegaron a pasar setenta y dos horas. El desgraciado cumplió su promesa y me encontré. Yo me había convertido en una especie de vagabundo transitorio, pidiendo en los trenes y paseándome entre estaciones, pensando en cómo iba a hacer para salir de ese círculo vicioso. ¿Habría muchos linyeras que alguna vez habían sido prófugos peligrosos? Me parecía difícil creerlo: de seguir así me iban a agarrar. Pero, ¿Dónde me iba a refugiar? ¿Con qué iba a comer?

Cuando abrí mis ojos a causa del sol que nacía de nuevo haciendo girar la condenada rueda del Samsara diaria, de espaldas sobre el banco verde de cemento, y vi el rostro de uno de los perros de presa de Cati, me sobresalté, pero pronto me di cuenta de que todo seguía el único curso posible. Cati también lo sabía, y nuevamente estaba un paso adelante.

Ahora me percataba de que era obvio que si el gordo Facciutto quería encontrarme lo iba a lograr: tenía a su ejército de dealers (o lo que cuerno fuesen) esparcido por todas las estaciones de tren del conurbano bonaerense y más allá. Hasta era probable que alguno de los suyos hubiese presenciado mi debut como homicida aquella mañana.

Casi no cruzamos palabra con “Merluza”, cuyo apodo era un juego de palabras con su apellido, Merlo. Él sabía que yo sabía cómo iban a darse las cosas de aquí en más. Y yo sabía que no tenía alternativa más que unirme al ejército de Facciutto. ¿Habría sido así con todos? Posiblemente muchos de los hombres de Facciutto se habían enlistado en sus filas, obligados, como yo, por alguna causa de fuerza mayor. Necesitados de droga, dinero, de encuentros carnales con mujeres con las que jamás podrían siquiera haber iniciado una conversación de no ser por aquel poder que dan las armas, hartos de su apagada e inconducente existencia.

Cuando me volví a encontrar con Cati Facciutto volvimos a darnos la mano como en aquel instante, fresco en el tiempo, en que me reencontré con el viento y el olor de los árboles, subido a la camioneta que me devolvió a la jaula de afuera. Esta vez, fue en una casa de Las Heras (Facciutto había mentido). “Merluza” me había llevado hasta allá en un Ford Fiesta de un color oscuro platinado, que parecía ser del dos mil siete o dos mil ocho. Extrañamente me hizo sentar en el asiento trasero, como queriendo simular ser un remisero, lo cual, de ser así, era bastante grotesco teniendo en cuenta mi aspecto de varios días sin asearme ni cambiarme de ropa.

Paramos frente a un caserón viejo, de estilo colonial, con apariencia de estar casi abandonado o habitado por un viejo al que le quedaban tan pocas horas de vida que ni siquiera se preocupaba por regar las plantas que brotaban de los jarrones agrietados ubicados a los lados de la puerta.

Bajamos displicentemente y, cuando “Merluza” cerró, el golpe de la puerta del auto me causó un ligero susto.

Facciutto nos esperaba. Ni bien oyó el ruido de las dos puertas del auto cerrarse vimos que se abría la puerta de la casa y un tipo, medio petiso y de pelo negro y lacio, asomaba la cabeza, abría los ojos exageradamente y hacía un gesto con la mano derecha de que nos apresuremos en entrar.

Me lo encontré al gordo sentado en una silla, con las manos apoyadas sobre la mesa, junto a una mujer. En la mesa había un par de armas de fuego, dos pistolas nueve milímetros. En un sillón un grupito de tres o cuatro tipos con cara de amargados se alternaban en mirarme desconfiadamente y volver a lo suyo.

En un televisor, junto al sillón, Facciutto y la mujer miraban a un conductor que condenaba descarnadamente a un pobre cristo de la farándula.

Se giró sobre su cintura y ahí me extendió la mano.

–Je, de verdad sos bueno –dijo Cati, como siempre, con una sonrisa entre socarrona y compasiva.

–¿Por qué lo decís? –respondí, haciéndome el ingenuo, pero Cati era lo suficientemente perceptivo como para no caer en mi mala actuación.

–¿Tengo que decírtelo? No cometiste el error de volver a tu casa. Sobreviviste. No te atraparon, a pesar de que somos los tipos más buscados del país... ¿Qué más querés? ¿Un premio Nobel? –me dijo, y luego soltó una risotada apagada entre sus labios apretados.

Fue ese día que, horas más tarde, me gané el apodo de “Ciruja”. Me lo había ganado en ley, había experimentado la vida del ciruja, del linyera, en un curso intensivo de un par de días. Me acordé del tipo al que tiré a las vías y me resultó una ironía divertida y macabra.

–Tengo laburo para vos, pero no te asustes: también tengo cama, comida y guita – me dijo el gordo, con pocas intenciones de dar demasiados giros al asunto.

–Okey –le contesté. No se podría haber esperado otra respuesta de mí, por muchas razones, pero la principal era mi infinita incapacidad de decir que no o de enfrentarme a las personas.

Fui consciente de inmediato de que el “laburo” que me ofrecía Facciutto no me iba a gustar. Pero, ciertamente, no tenía alternativa. Estaba en una trampa mortal en la que dos paredes se acercaban lentamente hacia mí y me asfixiaban. En algún momento iban a matarme, estrujando todos mis huesos y drenando mi sangre a través de los agujeros producidos en la carne reventada por la compresión. Facciutto era una de esas paredes. Y yo lo sabía. Desafortunado había sido, más aún que en mi desgracia de perder la libertad, más, incluso, que en la de convertirme, irreversiblemente, en un homicida. Mi mayor desgracia había sido volver al ruedo en el mundo de los que se creen libres. El precio de mi escape resultó ser la reclusión perpetua a manos de un hombre tan exteriormente simpático como interiormente siniestro y descarnadamente criminal.

Conforme fue pasando el tiempo, me di cuenta de que esto, que me había figurado desde un principio, era más y más evidente. Cati nos usaba como anzuelos, nos mandaba a la muerte todos los días y la jugaba de padre bondadoso y comprensivo. Nunca supe del todo si realmente me quería o me tenía algún tipo de aprecio, pero sabía, con bastante certeza, que no quería a casi nadie.

Ni siquiera supe si quería realmente a Amanda.

Amanda era la mujer de Cati. Se había casado con ella en Iguazú, en medio de una movida de un tal “Coreano” González, quién había sido, varios años atrás, el cabecilla de una de las mayores bandas de narcotraficantes del país. Cati era el hombre de confianza de González, y en esa oportunidad conoció a Amanda, se enamoraron y se casaron a los pocos días.

Ella era chaqueña, de Resistencia. Descendía de polacos e irlandeses, lo que le había legado un pelo naturalmente rojizo, mejillas pecosas (esto le confería un aspecto añinado a pesar de sus cuarenta y dos años) y el iris de sus ojos de un marrón muy claro, casi amarillos. Su cara estaba perfectamente trazada: era casi caricaturesca, pero hermosa. Su piel parecía de una porcelana antigua, ligeramente amarilleada pero homogénea e impecable, aunque el tiempo la había arrugado ligeramente en los ojos y el contorno de la boca, de la cual asomaban, como si fuesen las teclas de un piano, algunos dientes interrumpidos por la oscuridad de unas pocas notas sostenidas.

Su cuerpo era delgado, quizá demasiado, por lo que su figura femenina estaba apenas, suavemente marcada, más por la naturaleza de sus huesos de mujer que por la carne que los recubría.

Las primeras palabras que le escuché decir a Amanda no las recuerdo. Solamente, que el tono de su voz me pareció, desde un principio, tan incómodo como agradable. Hablaba con una cierta carraspera, pero suave y femeninamente. Tenía un acento simpático y amable, muy litoraleño, aunque se expresaba con términos y expresiones claramente porteños.

Mientras Cati me hablaba aquella mañana en que nos reencontramos en el caserón del partido de Las Heras, Amanda encendió un cigarrillo y le dio un par de caladas. Vi, delante de ella, un cenicero repleto de colillas y un par de cajas de veinte. Mientras expulsaba el humo de la boca y la nariz, sosteniendo femeninamente el tubo ardiente con su mano con la muñeca quebrada hacia arriba, sentí una inmediata atracción física hacia ella. También me pareció percibir que sentía la invasión de mi mirada y sus ojos se disponían a devolvérmela, pero su rostro nunca se giró hacia mí hasta un rato después. Lucía obsesionada con el conductor de la televisión, aunque yo intuía que estaba atenta a todo, incluso más aún a lo que la rodeaba en ese momento, a cada hombre presente en ese pulcro e improvisado living que a la estúpida caja emisora de luces de colores.

Fue Amanda la encargada de mostrarme la habitación de invitados que me tocaba, las condiciones de la “pensión” en la que iba a morar y de darme las primeras directivas laborales. Me dijo crudamente y sin el menor pudor a qué se dedicaba el grupo, mucho de lo cual ya suponía o me había figurado. Me pregunté si Facciutto era realmente el cabecilla o si Amanda era, cuando menos, la otra mitad del cerebro de la organización delictiva del gordo.

Los primeros días me resultaron chocantes. No solía beber, pero en esa oportunidad sentía que necesitaba un par de cervezas antes de actuar.

El trabajo era relativamente sencillo, aunque no necesariamente poco estresante para un novato en el rubro. Cati había decidido que, a pesar de ser un individuo evidentemente sumiso y presumiblemente cobarde, yo era bueno para tratar con la gente, así que me envió a negociar con los tipos que le debían plata. En algunos casos, Facciutto ni siquiera me decía cuánto le debían, por lo que, suponía yo, eran sumas demasiado importantes. Tampoco solía decirme por qué, aunque yo sabía bien que casi siempre, si no siempre, era porque habían caído en una adicción insana a la cocaína.

Visité desde apestosos refugios sin ventanas y con olor a orina y estiércol de gato hasta mansiones lujosas y chalets increíbles de diferentes puntos del Gran Buenos Aires. El gordo dejó a disposición mía cualquiera de los varios autos que guardaba en el patio trasero del caserón. Me gustaba uno rojo, un Volkswagen Gol del dos mil uno. Era cómodo y me resultaba ligeramente familiar, posiblemente porque era el modelo de auto que mi viejo había tenido durante varios de los mejores años de mi juventud y el primero que había manejado. Por lo general hacía el trabajo solo, llevando conmigo una nueve cargada. No la usé nunca mientras me tocó ser “negociador”. Era evidente que Facciutto sabía que no la iba a usar (pero que no iba a dudar de usarla, y hacerlo bien, si tenía que hacerlo, claro), el objetivo no era tirarle a nadie, y mucho menos matarlo. Para eso, Facciutto tenía a otros tipos, mucho más toscos y con menos escrúpulos. Yo era demasiado blando para eso, las dos vidas con las que cargaba habían sido arrebatadas, una por cuestiones emocionales y la otra por estrategia, y en ninguna de las dos había tenido demasiado tiempo para reflexionar. Quitar una vida fríamente, premeditadamente y por razones puramente materiales era una tarea que, él sabía, yo no iba a poder cumplir eficientemente.

Lo mío era la palabra, la persuasión, quizá hasta la intimidación. Pero no más que eso.

Pasaron varias semanas. Me sentí abochornado por la cantidad enorme de gente acorralada que conocí en esos días, por los cientos de infelices, ricos y pobres, jóvenes y viejos, que habían caído en un pozo del que no podían salir y en el que, posiblemente, terminarían hundiéndose hasta morir. Claro que, hasta que me acordaba de mi mismo y el bochorno se convertía en dolor. Estimo que no hay descripción más instantánea y perfecta de lo que uno no quiere ser que la que arroja un simple espejo.

El trabajo se me empezó a hacer monótono, lo cual terminó siendo más bueno que malo. Nadie me molestaba demasiado, aunque siempre hay recelo para con el nuevo, más aún de los que se sienten y perciben, más intelectual que físicamente, amenazados.

Dentro del caserón tenía suficiente libertad y tiempo libre, no obstante. No era demasiado diferente de la cárcel, pero el espejismo aquí se veía más hermoso y las fantasías eran mejores. Uno se sentía libre, aunque no lo fuese realmente, se creía poderoso, aunque fuese un pobre peón de un rey y una reina que movían las fichas a su gusto.

Saber que la maquinaria era siniestra incomodaba un poco. Por momentos sentía remordimientos y culpa por aquellos a los que había visitado dos o tres veces y ya no era necesario volver a ver. Pero el no verlos morir también me tranquilizaba. Nunca preguntaba por ellos, prefería la estúpida ilusión de que nada había pasado si yo no había estado presente.

Vagué entre la culpa y la evasión durante semanas que se hicieron meses. Conocí cientos de lugares que jamás hubiese visto en mi antigua vida, lugares que estaban cerca pero en los que nunca me hubiese adentrado, barrios bajos y peligrosos, en los que el aire era espeso y el sol apenas penetraba los húmedos pasillos aún en los días en los que ni una sola nube asomaba en el cielo; barrios pudientes, que parecían chorrear oro y joyas de sus opulentas fuentes de agua en las que, quizá, un angelito sonriente y desalmado orinaba el traslúcido líquido que habían de beber los más pobres aguas abajo.

~~~

## Escapada a Traslasierra

Supongo que para Cati las casas antiguas, de estilo colonial, eran una especie de fetiche. O, al menos, así me pareció cuando llegamos a aquella vieja casa en Mina Clavero, muy parecida a la de Las Heras, después del escape de la policía y de ser recibidos por un cura Brochero que nos apuntaba furiosamente con la Sagrada Cruz con la intención de alejarnos de aquellas tierras.

El escape fue un producto involuntario de una trabajada estrategia de la cana, que había logrado convencer a uno de los perros falderos de Cati, de los pocos hombres de Facciutto que no habían podido escapar del penal y habían sobrevivido a la masacre, de que le esperaba una mejor vida si vendía a su impiadoso y cruel amo.

Le habían prometido al pobre mucho más de lo que podía soñar en el camino de la marginalidad que lo llevaba como un arroyo pútrido hacia su total perdición: le prometieron la libertad y, sobre todas las cosas, perdón de Dios. El sujeto no pudo resistirse, puesto que eran las dos cosas que cualquier hombre sencillo necesitaría durante su breve estancia en esta Tierra de pecadores.

Aquella ocasión fue la primera en la que me cuestioné seriamente la infalibilidad de todo aquello que procesaba la mente del hombre macizo y de pelos escasos y grasientos, siempre apretujados por una liguita de modo que parecía que caían como una pequeña cascada sobre su nuca enrojecida.

La policía sabía que el mejor momento para actuar era la madrugada. No porque con ello nos hallasen desprevenidos: el delincuente siempre está alerta o, al menos, si la organización es buena tiene que contar con herramientas para estarlo. Además, era lógico pensar que nuestras actividades eran más bien nocturnas. Pero actuar de noche es el abecé del que enfunda armas y acecha a una presa de cualquier especie, tanto lo haga para el bien como para el mal (si existe una línea suficientemente delgada como para que se puedan diferenciar ambos bandos con tanta nitidez aunque, por supuesto, “el bien” es siempre uno mismo), la calma, el silencio, la oscuridad, son elementos básicos para la sorpresa y el camuflaje. En el momento mágico de la madrugada, horas después de que el sol se pone y horas antes de que vuelve a salir, aquellos que no duermen están, cuando menos, perdidos en sueños de vigilia, despiertos en una suerte de realidad fantástica, que no es diferente de la propia realidad, pero en la que la muerte profunda del masivo sueño de los de afuera permite a los duendes y demonios de la noche susurrarnos al oído a los que decidimos no sepultarnos por siete, ocho o diez horas del confusamente denominado “día”.

Lo que más me gustaba de trabajar para Facciutto era, precisamente, que todos compartían mi devoción por los placeres de vivir la vida de noche.

Esa madrugada, la del escape (la del segundo escape) nos preparábamos para recibir “correspondencia”, como le llamaba Cati a los suministros de cocaína para drenar luego por los todos rincones del área metropolitana, por los quioscos generadores de chorradas de plata que hacían al tipo un poderoso y acaudalado preso de su propio poder.

Escuchamos un portazo y un par de gritos (que para mí fueron balbuceos, aunque tenían un carácter netamente imperativo), y como el dolor que sobreviene a un pinchazo, tardamos unos segundos en reaccionar a la situación que se nos presentaba. Entonces sonaron unos pocos tiros amenazadores y vimos la figura de uniformados portando cascos y armaduras de plástico antidisturbios, no teníamos alternativa alguna a levantar las manos y entregarnos. Cati tenía un as bajo la manga y, de debajo de la mesa en la

que había estado sentado discutiendo los trabajos del día hacía segundos, sacó a una velocidad sorprendente un arma que no reconocí, similar a un modelo Uzi aunque ligeramente más grande. Barrió con gran parte de los policías sin rostro que, en vano, intentaban cubrirse con los escudos que llevaban el nombre de la fuerza impreso en letras blancas sobre un fondo azul Francia. Varios de los uniformados cayeron, pero la mayoría de ellos parecía haber sobrevivido a la balacera (acaso portarían chalecos antibalas), entonces fue cuando las balas comenzaron a surcar el aire de un lado hacia otro, buscando carne que perforar y sangre para hacer brotar por los orificios.

Cayeron dos o tres hombres de Cati. Recuerdo observar la situación esperando la muerte, sin siquiera atinar a desenfundar mi pobre arma –que no hubiese servido de mucho, por cierto– cuando, en medio de la confusión, varios empezaron a correr hacia el pasillo que, una vez atravesado el baño, daba al improvisado garaje del fondo de la casa.

Escuché un par de motores arrancando.

La tentativa de fuga era absurda, pensé, pero no tenía alternativa más que sumarme a la mayoría e intentar lo imposible.

Amanda esperaba, visiblemente inquieta pero fingiendo serenidad, al volante en uno de los autos, el Fiesta que me había traído el primer día. Atrás, un par de autos más tenían preparado a su chofer y comenzaban a recibir a los hombres de Cati, que se acomodaban de a cuatro o cinco por cada vehículo. Facciutto se subió al primero del lado del acompañante y, cuando vio que estaba por meterme en el asiento trasero de uno de los autos que esperaban atrás se levantó de su asiento y gritó hacia mí:

–¡Eh, Ciruja!, ¡vos venís en éste!

No fue hasta después, luego de la adrenalina y la urgencia, que me di cuenta del lugar que Facciutto me había dado en su organización o, más bien, por encima de ella. En el auto íbamos cuatro personas: Amanda al volante, el gordo a su lado, y Merluza y yo atrás.

Los autos salieron de la casa quemando goma, no sin antes toparse con una balacera que voló el parabrisas trasero en pequeños fragmentos y una barricada que era de manual. El sólo ver la barricada me confirmó lo obviamente absurdo de nuestra cruzada. No debió transcurrir más que un puñado de segundos para que Facciutto sacara de la guantera un par de granadas que lanzó a la velocidad de un rayo desde la incómoda posición que tenía para hacerlo. Partes de autos en llamas y extremidades de hombres oficiaban de fuegos artificiales de aquel escape imposible. Amanda arremetió contra el amasijo y lo atravesó con un golpe que nos sacudió bruscamente, sintiendo a la vez el calor de las llamas que cocinaban la carne humana de los policías.

Todos exclamamos excitados, pero la persecución no terminaba. De las calles laterales comenzaron a emerger autos azul y blanco con el logo del incansable gallo y una chillona sirena que nos delataba, despertando a los durmientes hombres y mujeres de bien para que supieran que los malos estábamos allí.

Tres autos repletos de hombres de Facciutto nos seguían, habían atravesado exitosamente, como leones de circo, el agujero de fuego que los amos habían encendido para ellos.

Los balazos se escuchaban, pero no nos alcanzaron nunca. Entonces, en un momento, uno de los autos aliados tomó otro rumbo, obligado por la velocidad y la goma acribillada por un escopetazo policial. Los tres autos restantes nos dirigimos rumbo al oeste (Amanda sabía perfectamente por dónde ir, sin necesidad de indicación alguna de Cati), en busca de una ruta hacia la libertad. Estábamos perdidos, de todos modos. En algún lugar nos iban a encontrar tarde o temprano. Aún si escapábamos de ésta, nos iban a encontrar.

El gordo no pensaba darse por vencido, pero sabía que todo buen ajedrecista no debe dudar en sacrificar sus piezas de menor valor en pos de la victoria, si así lo considera.

Entonces, no dudó en sacar otra de las granadas de su guantera y hacer volar el auto que nos perseguía inmediatamente detrás (con sus propios hombres dentro de él) con el objetivo de sorprender a la propia policía, meta que consiguió.

Sentí que era el único afectado en ese auto por la crueldad sin límites del hombre que todo lo podía. Tuve miedo, supe entonces que realmente todos éramos fusibles para Cati. Simplemente, él sabía distinguir sus piezas de mayor valor, de algún modo.

Los muertos propios nos dieron aire. Cati había mostrado, nuevamente, sus dones de ajedrecista blitz. Era un hombre de una mente tan violenta como brillante, no cabían dudas. Y es que eso es el ajedrez, en definitiva: un refinado juego de guerra y muerte en el que triunfa el más brillante e inteligente, pero también el más violento, aquel que, con violencia, sabe subyugar y someter al adversario.

Hicimos el camino obvio yendo hasta Mercedes, pero la policía no estaba preparada para nuestro escape. Nos alertó, en el camino, un control policial que habría de estar buscando razones para coimear a los conductores. Nuestro vehículo estaba sospechosamente dañado, pero pasamos con fortuna e impunidad frente a los uniformados.

Ya en Mercedes, Amanda paró frente a una casilla en una zona rural. El gordo bajó del auto, se acercó pesadamente a una pequeña tranquera, que separaba un frente descuidado de la vereda, y dio unas palmadas. Un grupo de perros famélicos y del color típico de lo neutro, respondió con incansables ladridos. Un tipo ligeramente gordo con el pelo blanco en la nuca y ausente en el resto de la cabeza, portando una camiseta blanca, limpia pero arrugada, sobre los grises pantalones cortos y unas chancletas bordó viejas, salió de la casilla y miró a Cati. Se acercó y lo abrazó con un solo brazo, lo que el propio Cati hizo en simultáneo. No podíamos oír de lo que hablaban, sólo que los perros no paraban de ladrar, como queriendo participar de la conversación. Cati le hizo algunos ademanes, se lo notaba apresurado. El tipo de la casilla entró y salió en cuestión de segundos y le dio algo en la mano, unos objetos que no llegué a divisar. Luego señaló con el dedo la parte de atrás, donde un viejo Falcon despintado parecía haber encontrado su lugar para oxidarse hasta desaparecer entre la tierra seca y fertilizar el invencible pasto que de ella brotaba.

Cati nos hizo una seña clara de que bajásemos del auto. Amanda fue la primera que, con gesto agotado, abrió la puerta del auto y se dirigió directamente hacia el Falcon. Merluza y yo la seguimos, dejando abandonado al Fiesta en medio del camino de tierra. Le hice una seña de agradecimiento al tipo de la casilla, pero me miró con un gesto entre indiferencia e incredulidad. Le dijo algo a quien, aparentemente, era un viejo amigo. Cati se volvió a saludar con él, mientras los perros insistían con su coro monótono e insoportable.

Como adivinando todas las preguntas de mi cabeza, Amanda me dijo, con voz rasposamente femenina, girando muy ligeramente su cabeza hacia mí:

—Es el hermano. Nos vamos a Mina Clavero, ahí vive la vieja de Cati.

Nos subimos al Falcon y viajamos toda la tarde hasta que anocheció, turnándonos cada dos o tres horas para manejar el cacharro que, para mi sorpresa, respondió bastante bien al precario camino que transitábamos. A eso de las once de la noche paramos en Rufino, en la punta de la bota santafecina en la que Buenos Aires y Córdoba confluyen con aquella provincia y asoma, ligeramente detrás de la triple frontera, la siempre fértil provincia de La Pampa. Comimos algo al paso y nos preparamos para arrancar de nuevo. Fueron unas cuantas horas, sin paradas más que para orinar o defecar en el camino,

hasta Mina Clavero. Finalmente, luego de subir una calle que describía una especie de loma, llegamos al nuevo caserón antiguo, muy parecido al anterior, donde la madre de Cati nos esperaba.

En el camino, Cati nos contó a Merluza y a mí que en esa casa se había criado, pero no dijo mucho más al respecto. Me pregunté, al instante de llegar a la casa, por qué el hombre que se había reído de mí –y, posiblemente, con razón– cuando le había contado mi iluso plan de volver a casa, ahora decidía hacerlo él. Me respondí que, quizá, estaba pensando en ver a su madre una vez más, después de tantos años en la cárcel, después de tanto tiempo sin poder contemplar el rostro de la mujer que lo había traído al mundo y de tantos años sin poder oler la humedad y la naftalina de los muebles de aquel viejo caserón en el que había correteado de niño. Entonces todos nosotros, incluso Amanda, estábamos siendo los testigos de su sueño cumplido (caprichoso y egoísta, no obstante) y nos quedaba esperar la cárcel, junto a él. O resistirnos con él, hasta llegarnos la muerte, en la casa de su madre cuando la policía nos encontrara.

La mujer que abrió la puerta se veía mucho más joven que la cándida ancianita que mi mente había dibujado en mi fantasía. Tenía un cuerpo gordo y cuadrado sobre el que posaba una cabeza desproporcionadamente pequeña cubierta por un pelo castaño atado de un modo muy similar al que solía usar Cati, con enormes brazos tubulares colgando de sus gordos hombros. Llevaba una musculosa rosada con un logo que no recuerdo bien y unos pantalones bien cortos color azul, que dejaban ver unos muslos horriblemente pálidos y envejecidos, de superficie rugosa y salpicados por horribles y grandes manchas rojas y marrones. Unas ojotas negras soportaban todo el peso de la mujer y emitían un espantoso clapeteo cuando movía sus pies. Su rostro, aplanado como una gran mandarina, con una nariz marcadamente redonda en el centro y ojos claros muy pequeños, se parecía increíblemente al de Daniel Facciutto

Recibió a su hijo con insultos cariñosamente dedicados, los que el propio Facciutto devolvió solemnemente. Se saludaron con un ligero abrazo sin por ello cesar en las puteadas. La mujer hizo entrar a su hijo en la casa palmeándole la espalda bruscamente, lo que pareció no mover siquiera al mastodonte que había dado a luz hacía cuarenta años.

Nos miró inexpresivamente y soltó un “pasen, pasen” desgano, inclinando ligeramente su aplanada cara hacia abajo, haciendo un gesto burdo con la mano que nos invitaba a entrar.

La mujer se nos adelantó, metiéndose en la casa mientras abanicaba ridículamente sus brazos y pude ver en su espalda, emergiendo a los lados de la musculosa, un repugnante tatuaje que no estaba arrugado por los años por el mero hecho de que su piel se estiraba exageradamente gracias a su exceso de peso.

Dentro de la casa el olor que predominaba era el de la orina de gato. Un perro nos recibió con olfateos policíacos. El living era sencillo, compuesto por un sillón ajado, que se interponía entre una mesa de plástico barata con un mate y un termo reposando en ella y una mesita cubierta por un mantelito blanco brillante, casi plateado, soportando sobre ella un televisor viejo, con pequeños botones cuadrados y un marco simil madera.

El piso era absurdamente antiguo, roído por el tiempo pero impecablemente preservado de roturas e inhomogeneidades, compuesto por baldosas que se estampaban de un cuadrado amarillo pálido dentro de un marco rojizo, y sobre el cuadrado una especie de flor azul primitivamente dibujada. Las paredes eran grises, otrora blancas. Tras el living podía verse una vieja puerta abierta al lado de una sencilla cocina y, a través de la abertura de la puerta y las ventanas, un patio central con plantas de interior en macetas colgantes y una mesa blanca metálica, antigua como la propia casa. Un par de gatos subían y bajaban de la mesa intermitentemente.



Como si fuese la cabeza de un pulpo con sus tentáculos, el living daba a numerosas puertas y pasillos que, uno imaginaba, conducían a viejas habitaciones con olor a humedad y camas deprimentemente tendidas en un color apagado y monótono.

La mujer nos invitó a sentarnos a compartir un mate, pero yo me negué. La sola idea de sorber de la bombilla en la que aquella señora había depositado su saliva, que ahora se coagulaba en invisibles bacterias desecadas, me causaba repugnancia. Supongo que algo similar pasó por la mente de Amanda, que se sumó al equipo de los que se abstenían.

La charla de bienvenida se dio en el marco de una obviedad tan insoportable que, aún si recordara cada palabra, no se me ocurriría siquiera transcribirla.

El plan de Cati era sencillo (demasiado, pensé entonces). Pasaríamos esa noche allí y, al día siguiente, partiríamos hacia la frontera con Paraguay en un micro de larga distancia. Después, cruzaríamos la frontera atravesando el Paraná en bote. Desde Encarnación iríamos, luego, hasta Asunción y nos refugiaríamos ahí a pensar como continuar con el negocio y nuestra propia supervivencia. Cati tenía todo preparado: tenía los contactos necesarios para transferir parte importante de la fortuna a una cuenta en un banco del exterior, donde ya tenía parte de la plata que había amasado. Con ello, todo estaba resuelto. Nos quedaba dormir bien esa noche, después de un tiempo largo sin haber podido hacerlo, y esperar al día siguiente para poner en marcha el plan.

María José, la madre de Facciutto, nos invitó a pasar la noche en sus habitaciones luego de ofrecernos una especie de guiso que improvisó con pollo y algunas verduras. Nunca llegué a ver la habitación que cobijó a Amanda y su esposo. Merluza y yo compartimos otra, bastante pequeña, que tenía dos camas acomodadas contra dos de las paredes opuestas, dejando en el medio un amplio espacio sobre el que reposaba una alfombra tan vieja como pulverulenta.

Pocas veces me sentí más incómodo en una habitación. Había convivido con otros maleantes en el caserón de Las Heras, pero en estos momentos me resultaba casi una certeza que había tensión entre los sobrevivientes. Cada momento que pasaba el número se reducía y nadie quería ser el próximo. Me sentí amenazado por Merluza, así que esperé a que él se durmiera primero.

Serían aproximadamente las dos de la mañana cuando el grito desgarrador de una mujer me despertó, interrumpiendo un sueño que llegaba a su climax. Escuché unos pasos presurosos golpear el suelo como un tambor. El grito desesperado de un hombre. Miré a mi lado y Merluza no estaba en la cama.

Caminé, creyendo saber de dónde habían venido los alaridos, y me encontré en el patio central a María José tendida en el piso, con sangre oscura brotándole del pecho, a la altura del corazón y un hilo de sangre brillante que se mezclaba con saliva y salía de su boca hacia uno de los lados de la cara. Los ojos, aterrados, estaban abiertos como mirando el firmamento en búsqueda de alguna estrella que cobijara su alma.

Junto al cuerpo, a un metro o un poco más, Cati Facciutto lloraba como un niño apoyándose firmemente sobre el cuerpo de Merluza tendido con la boca abajo y las manos en la espalda, como si un policía lo hubiese detenido una vez más.

Amanda entró detrás de mí y pronunció un grito de terror. Facciutto lloraba sin explicarnos nada. Desenfundó una pistola y apuntó a la cabeza de Merluza, que se hallaba completamente noqueado, pero no disparó.

Pasados unos minutos, el hombre gordo se recompuso y sacó un pañuelo del bolsillo, con el que amordazó a Merluza que yacía en el piso inconsciente. Tomó una manguera que la vieja posiblemente usaba para regar las plantas, tiró de un extremo arrancándola de la canilla y la usó para atar las manos del asesino de su madre. Lo sentó en una silla y comenzó a abofetearlo violentamente, esperando que el tipo recobrarla la

conciencia. Entonces, Merluza se despertó sobresaltado, vio los ojos de fuego de Cati y comenzó a gemir desesperadamente, abriendo los ojos tanto que parecían salirse de las cuencas.

Cati apuntó hacia su cabeza con una pistola, gritándole.

–¿Por qué la mataste? ¡Hijo de puta! ¡Contestá! –le gritó una y otra vez, repitiendo aleatoriamente, aunque siempre con fervor, las tres oraciones pronunciadas.

El asesino gemía, pero no podía responder. Cati no quería su respuesta, quería torturarlo. Cuando consideró que era suficiente y los ojos de Merluza se chorrearon de lágrimas pegajosas, tiró el arma hacia mis manos y me dio la orden de acabar con la vida del gusano que había matado a su madre.

Apunté a su cabeza, dudé un momento. Amanda pedía que no lo hiciéramos, que termináramos con la locura. La orden de Cati se fue haciendo más insistente, más cargada de agresión y odio que nunca. Cati miró a un costado, gritando.

–Matálo, matálo, ¡¡matálo, imbécil!! ¡¡Matálo ya!! –gritaba, aumentando cada vez más el volumen de su voz. Era la primera vez que lo veía tan desenchajado.

Pero yo estaba decidido a que mi tercera muerte no iba a ser la de ese pobre Cristo. Si mataba a un tercer hombre tenía que ser un hombre con dignidad, un hombre que lo mereciera realmente, que se hubiese ganado mi respeto lo suficiente para acabar con su vida.

Cati arrebató el arma de mi mano, apuntó a la cabeza de Merluza (que respiraba agitadamente en gritos cada vez más desesperados e ininteligibles) y, mirándome fijamente a los ojos, dijo, con voz fingidamente calma:

–¿No ves que no puedo confiar en vos? –me preguntó, como recordando una charla que nunca habíamos tenido– Vos sos un traidor, sos el peor de los traidores. ¿Te creés que no me di cuenta de cómo mirás a mi mujer?

No terminó de decir la última palabra y una bala emergió, calentando el frío tubo metálico y perforó el cerebro de Merluza, que cayó al piso por su costado derecho.

–Ustedes dos son dos traidores –insistió, incluyendo ahora a Amanda. La mujer, sin pronunciar palabra, hizo un gesto con las manos para dar a entender su inocencia en una traición que no comprendía, pero a Cati ya nada le importaba.

Amanda salió corriendo desesperadamente, sabiendo que Cati estaba dispuesto a todo. El gordo disparó con precisión en la pierna de la mujer que huía. Grité desesperadamente y Amanda cayó. Tomaba su pierna sangrante y chillaba de dolor, mirando con horror a un Facciutto que estaba fuera de sus cabales.

Cati Facciutto levantó bruscamente a la mujer del cuello de su remera negra, rompiéndola un poco en ello, indiferente ante los gritos de dolor y temor de ella. Apuntándome con el arma, nos condujo a ambos al fondo de la casa y nos encerró en un cuarto que había permanecido oscuro durante las horas que habíamos estado en aquel lugar. Dentro de la habitación había una suerte de taller improvisado, relleno con un viejo Ford T sin ruedas, posiblemente abandonado hacía décadas y un sinnúmero de antiguas herramientas grasosas colgando de las paredes o esparcidas por el piso regado de manchas de aceite. Un par de gatos, grises de suciedad, salieron corriendo cuando Cati prendió la luz y nos empujó dentro. Visiblemente alienado, nos encerró en el viejo cuarto, escuchamos sus pasos alejarse y luego un silencio nocturno y aterrador.

Fue entonces que Amanda y yo tuvimos nuestro diálogo más prolongado desde el momento en que nos habíamos conocido en aquella vieja casa de Las Heras.

~~~

Nosotros (Cuando la tormenta es impiadosa, cualquier refugio es bueno)

Amanda metió su mano derecha a través del tajo que su marido había practicado brutalmente en la remera negra que llevaba. Pareció toquetearse por encima de su seno izquierdo y sacó un paquete de cigarrillos de diez y, dentro de la cubierta de plástico transparente, un encendedor azul al que le quedaba un tercio de la carga de gas. Tomó un cigarrillo y me convidó. Yo no solía fumar, pero la tensión me invitaba a pegar unas caladas al viejo y cancerígeno tubo de papel bicolor.

Encendió el cigarrillo y su cara se iluminó bellamente. En esa circunstancia, echada en el piso con sus piernas de lado y apoyada sobre la pared con uno de sus hombros, su cara apenas sucia de sangre, su perenne contorno negro de ojos ahora corrido hasta las mejillas por las lágrimas y su pelo rojo algo alborotado, la vi como una esbelta y maravillosa amazona.

Mi lado animal me empujaba a arrojarme sobre el cuerpo perfectamente contorneado, hermosamente salvaje, pero el hombre racional en mí me lo impidió sabiamente.

La mujer dejó pasar unos segundos y se apoyó sobre su espalda, saboreando el humo y exhalándolo sensualmente por su boca y sus fosas nasales. Entonces, viendo que no iba a ser yo el que lo hiciera, comenzó la charla.

–Nos va a matar –dijo, fingiendo fortaleza.

–¿Por qué? –contesté, no tan sorprendido por la afirmación como confundido por la trama.

–Mirá Ciruja, yo conozco a ese tipo lo suficiente como para saber qué es capaz de hacer y qué no. Y te diría que es capaz de hacerlo todo, porque si hay algo que no hace es porque no cuadra en sus planes. Pero esta vez, creeme, está decidido a acabar con todos sin contemplación alguna. Lo veo en sus ojos, en su furia, que le brota por los poros disuelta en el sudor –dijo la mujer, antes de dar otro suave beso al filtro amarronado del cigarrillo a medio fumar.

Hizo una pausa. Sentí que no debía interrumpirla.

–Hace años que la relación que tenemos con Cati es un contrato legal y nada más –dijo, bajando levemente el tono de su voz, como sospechando que su marido pudiera estar detrás de la puerta oyéndolo todo. Volvió a hacer una pausa –Es cierto, no es muy diferente de lo que le pasa a muchas parejas después de casarse y pasar un cuarto de siglo, o medio siglo juntos. ¿Vos estás casado? ¿Tenés pibes o...? –Me preguntó sin concluir la pregunta, girándose hacia mí por primera vez desde que habíamos sido sometidos al cautiverio.

–No. Estuve de novio en la adolescencia, pero nunca llegué a tener una pareja estable de adulto –le respondí, aunque recordaba una novia que tuve a los veintidós años, a la que dejé una tarde de domingo, luego de un par de años de salir con ella, en la puerta de su propia casa. Repasé brevemente aquellos días culpándome de haber acabado tontamente con esa relación.

–Ajá –dijo, haciendo una nueva pausa para fumar– Entonces puede que no me entiendas del todo. Pero... en fin... y... ¿a qué te dedicabas vos antes de entrar en el penal? Creo que nunca te lo pregunté. Vos claramente no sos del tipo de hombre de Merluza o mi marido– me dijo, ahora mas suelta, volteándose definitivamente hacia mí para verme la cara.

–Je, era vendedor de productos de limpieza –dije, haciendo un breve parate de unos segundos. Ella se mantuvo en silencio– También era escritor, o me gustaba creer que lo era –le dije, sonriendo, con la vista perdida en un horizonte inexistente.

–Mmm, ¿escritor? Que interesante... ¿y qué escribías? ¿Poesías? ¿Novelas? –me preguntó.

–Un poco de todo, supongo. Pero nada muy bueno. De diez cuentos que escribía me gustaba uno. El resto lo borraba de la computadora o tiraba las hojas a la basura, si escribía a mano. Y sí, escribí poesías. Supongo que todo escritor, una vez al menos, escribe una poesía. Pero nunca escribí alguna que me gustara. –le dije, sintiéndome cómodo, como si charlara con una vieja amiga a la que hacía años que conocía.

–¿Te acordás de alguna? –Preguntó, casi por obligación, aunque pude notar algo de curiosidad– Soy absolutamente honesta, si algo no me gusta no voy a adornarte la crítica.

–Emmm... no. Si me acordara creo que no te la recitaría –respondí, y me eché a reír tristemente, mirando hacia mis muslos– ¿Sabés qué?, siempre recuerdo con cariño uno de mis cuentos. No era malo, después de todo. Por supuesto que no recuerdo el detalle, solamente de que iba –le dije un poco acartonadamente.

–A ver... –dijo, esperando mi relato, mientras apagaba el cigarrillo moribundo contra el suelo y hacía nacer otra punta ardiente de tabaco entre sus dedos.

–Mmm, bueno, voy a intentar armártelo sobre la marcha. La historia era algo así (Amanda, recostada completamente contra la pared, me miró cándidamente, como una niña que esperaba un cuento para dormir, y apoyó el mentón en la palma de su mano derecha que sostenía, en sus dedos índice y medio, el cigarrillo humeante):

En un pueblo de la antigua China, cuenta una leyenda, existió ya hace milenios un hombre obsesionado por domesticar a un dragón. Se soñaba montando sobre aquel animal, mientras éste echaba fuego por la boca, demostrando su terrible bravura. Los hombres y las mujeres del pueblo se burlaban de aquel individuo, cegado por la idea de domar a aquellos seres fantásticos puesto que, todos sabían, los dragones no existían sino como parte de la mitología.

El hombre, confiado en su empresa, vendió todas sus posesiones más valiosas: su casa, las reliquias de su familia, sus trajes de seda más finos, y con el dinero compró un caballo y mandó a construir la mejor espada de todos los tiempos, una espada tan maravillosa que era capaz de intimidar, solo con su brillo, al ejército completo del Emperador. Pensó él, que esa espada era capaz de resistir las abrasadoras llamas que el dragón iba a echarle encima en cuanto intentara someterlo.

Vestido en harapos, se montó en su caballo y salió arrojadamente en destino incierto, en busca del dragón sobre el que volvería montado surcando los cielos, lo que lo haría el caballero más fantástico y poderoso de todo el Imperio chino.

Vagó por pueblos, alimentándose de lo que encontraba en el camino: animales salvajes, bayas, frutas. En ocasiones era bendecido por la compasión y la solidaridad de algunos aldeanos. Su espada pesaba cada vez más, su cuerpo se volvía cada vez más delgado y débil, su mente se deterioraba con el correr de los días.

Sobrevivió un mes hasta llegar a la base de la montaña donde, había escuchado alguna vez, moraban los dragones. Miró hacia arriba y vio el eterno hielo de su pico agudo y amenazante. Tal fue la impresión, que terminó desmayándose en aquel preciso lugar, en aquel preciso momento. Soñó con dragones que lo envolvían y danzaban alrededor de su torso fornido, esculpido por el más fino artista que jamás hubiese existido en la Tierra. No supo, jamás, cuantas horas, días, meses o quizá años pasaron hasta que volvió en sí. Cuando lo hizo, le pareció ver un dragón enorme, de cabeza roja

como la sangre y cuerpo amarillo como el sol erigirse frente a él. El hombre creyó estar alucinando, por lo que tardó en reaccionar ante la situación a la que se enfrentaba, pero lo hizo a tiempo cuando el animal embistió por primera vez contra su famélico y débil cuerpo, arrancando en el intento un trozo de tierra del tamaño de un templo. Tomó su espada con dificultad y, como si toda la energía que le quedaba en el cuerpo la pudiese concentrar en su brazo derecho, la levantó y se protegió con ella del torrente de llamas que emergió de la boca del dragón. Tan poderoso era el aliento hirviente de la bestia, que el hombre fue arrastrado hacia atrás mientras sostenía la espada con ambas manos. Las llamas fueron reflejadas por el chanfle de la espada y, con el enorme impulso que tenían, se dirigieron hacia el pico eternamente nevado de la gran montaña. El fuego, abrasador e infinito, derritió la nieve que bajó en forma de una masa colosal de agua a gran velocidad por la ladera, alcanzando a los dos seres, el dragón y el hombre, que peleaban con todas sus fuerzas para someter a su rival.

Entregados completamente al combate, no advirtieron el gigantesco caudal que los arrastró con tal fuerza que los mató casi instantáneamente, produciendo un surco de agua que se convirtió en un correntoso río que seguidamente atravesó el pueblo.

Luego de sufrir los efectos devastadores de la avalancha de líquido, los ciudadanos del pueblo se acercaron tímidamente para ver el nuevo río formado, y vieron en él el hermoso cielo que se reflejaba en la superficie. El cuerpo del hombre, poderoso, indiferente, abrazado al lomo de aquel dragón atravesaba ese cielo, rumbo al palacio de Daming Gong, en Chang'An (hoy Xi'An).

–Bueno, algo así era, quizá un poco más largo –le dije, un poco ruborizado.

Amanda había escuchado atentamente, como hipnotizada, mi falsa leyenda china. Esperó unos segundos para darme su veredicto.

–Guau –dijo– Es lindo. Quizá es un poco infantil, pero me gustó.

–¿En serio? –le pregunté, sin falsa modestia.

–En serio– contestó, agravando su voz, cerrando los ojos para dar otra pitada al cigarrillo, que se había ido consumiendo casi solo durante mi relato. –¿Y cuál es la moraleja de tu cuento, Cirujita? –me preguntó.

–Eeh... ¿moraleja? No sé, no pensé en eso –le dije, sinceramente.

–Bueno, yo creo que tiene una: “ten cuidado con lo que deseas” –me contestó, mientras exhalaba el humo del cigarrillo.

–Je... ¡es bueno! De verdad no lo había pensado. Es bueno –dije, bajando la voz progresivamente, mirando al suelo. Pensé si era una indirecta. Amanda me convidó otro cigarrillo, pero yo le hice un gesto de negación con la mano izquierda– Creo que, de todos modos, eso es un proverbio –le dije, retomando el tono de mi voz.

–Es posible –me contestó– en algún lugar lo debo haber escuchado.

La mujer hizo una pausa y yo la seguí. Permanecimos en silencio unos minutos tan tensos que parecieron un par de horas. Entonces, con una frialdad que llegó hasta mi espina dorsal Amanda se giró bruscamente y me dijo, con una voz que había crecido diez años en ese breve instante:

–Ni siquiera intentaste escapar. Entiendo que ya asumiste que vamos a morir, ¿no?

–Confío en tu juicio, Amanda– le contesté, cargándola con la culpa, aunque en mi corazón sabía que solamente era un pobre cobarde deseoso por morir de una vez por todas. Ya no tenía fuerzas ni voluntad para seguir corriendo de un lugar a otro, nunca iba a encontrarme con el ***** que mi imaginación dibujaba como un héroe, un gran hombre, siquiera un hombre bueno.

–Hacés bien –dijo, resignada– Ya estamos muertos.